

# La Ilustración Artística



AÑO XXXII

BARCELONA 24 DE MARZO DE 1913

Núm. 1.630



ESTATUA DEL EMPERADOR ALEJANDRO I DE RUSIA, obra de Héctor Ximenes que corona el monumento que en mayo próximo se ha de inaugurar en Kiscineff (Besarabia). (De fotografía de Carlos Abeniácar.)



## ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos a los señores subscriptores a la BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA el primer tomo de los correspondientes a la serie de 1913, que es

CHINA. — DOS AÑOS EN LA CIUDAD PROHIBIDA  
VIDA ÍNTIMA DE LA EMPERATRIZ TZU-HSI

Esta obra ha sido escrita por la princesa Der Ling, camarera mayor de la emperatriz, y contiene interesantísimos datos referentes no sólo a dicha soberana, una de las más extraordinarias personalidades de los modernos tiempos, sino también al último emperador y a su esposa y en general a toda la corte de Pekín. La traducción y el prólogo histórico son de J. Pérez Hervás. El tomo va ilustrado con multitud de grabados.

## SUMARIO

**Texto.** — De Barcelona. *Crónicas fugaces*, por M. S. Oliver. — *Redención*, por D. Margarit. — San Petersburgo. *Fiestas del III Centenario del advenimiento de los Romanoff al trono de Rusia.* — *Actualidades norteamericanas.* — Barcelona. *La fiesta del Arbol. Concierto en el teatro Principal.* — *Tilla Rufo y el «Gallo».* — *Los terrores del radio* (novela ilustrada; continuación). — Berlín. *Fiestas del Centenario de la guerra de la Independencia.* — *Vistas de Tetuán.* — Libros. — Madrid. *Dos escenas interesantes de «L'ruia picada».*

**Grabados.** — *Estatua del emperador Alejandro I de Rusia*, obra de Héctor Ximenes. — Dibujo de Carlos Vázquez, que ilustra el cuento *Redención*. — *Ajedrecistas*, cuadro de Erich Wolffseld. — *Crepusculo*, cuadro de Beppe Ciardi. — *Fiestas en San Petersburgo.* — *Actualidades norteamericanas.* — *El santo de la maestra*, cuadro de Bogdanoff-Belsky. — *Los novios*, cuadro de Federico Morgan. — *Notas de Barcelona.* — *Tilla Rufo y el «Gallo».* — *Notas de Berlín.* — *Vistas de Tetuán.* — Madrid (cinco fotografías).

## DE BARCELONA. — CRÓNICAS FUGACES

¿Qué temas nos ofrece la realidad barcelonesa desde mi última crónica? En Barcelona, a fuerza de pasar muchas cosas, diríase que nada ocurre. Ya no hay en ella sucesos propiamente dichos: es la vida que fluye, siempre plena, siempre fecunda, siempre nutrida de episodios, como una corriente caudalosa y sin interrupción. Anotemos: mitin de protesta contra la centralización en Madrid de las oposiciones a Notarías; inauguración del «Museo de productos africanos» y conferencia del Dr. Maestre en el Centro Comercial Hispano-Marroquí; inauguración de la Caja de Retiros de los empleados de Tranvías; discurso y visitas del Sr. Dato; romería popular de San Medín; pleito de las aguas de Barcelona y protesta contra el dictamen de la ponencia; mitines de propaganda política y elecciones provinciales; exploradores barceloneses o *boy-scouts*; Compañía Caramba en el Liceo; vuelos del aviador Paumet en el hipódromo de Casa Antúñez; inauguración del magnífico vapor *Victoria Eugenia*, de la Compañía Transatlántica Española; tribu senegalesa en el Tibidabo; feria de palmas...

El índice no puede ser más completo y da, por sí sólo y sin necesidad de ampliaciones ni comentarios, la impresión de la vida intensa y múltiple de nuestra capital. No pasa nada, parece no pasar nada en Barcelona, en virtud de esa misma acumulación de novedades que borra la antigua nota provincial de «lo extraordinario». En las grandes ciudades modernas no hay «extraordinario» propiamente dicho. Todo se reduce a un desenvolvimiento incesante y uniforme de sucesos, iniciativas, atracciones, espectáculos, fracasos y éxitos que se resuelven en una gran monotonía de conjunto.

Nada, o casi nada diremos aquí de esta cuestión de las Notarías, como de todos los asuntos que suponen polémica y división de espíritu. Trátase de un conflicto entre la opinión catalana y el burocratismo, difícil de resolver por el punto de vista diferente en que una y otro se colocan. Atiéndese en Cataluña, a la bondad y eficacia de la función, mientras en los centros ministeriales y oficinistas se trata en primer término de la comodidad del funcionario. Unos quieren que los representantes de la fe pública se adapten a las comarcas respectivas y a la especialidad del derecho que deben aplicar y definir a todas horas, mientras los otros entienden que las comarcas son las que deben adaptarse a un cuerpo de notarios sin preparación particular y aptos para ejercer en cualquier punto de la Península. Diremos, a pesar de todo, que el mitin del Tivoli tuvo importancia efectiva por el aumamiento de fuerzas que representó, como la tuvo también en alto grado el telegrama colectivo que contra el decreto de centralización enviaron al gobierno los senadores y diputados a Cortes de todas las provincias catalanas, desde tradicionalistas a republicanos pasando por los ministeriales.

Tampoco hemos de tratar de la cuestión candente — candente a pesar de recaer sobre materia líquida — en que ha venido a parar lo de las aguas de Barcelona; y esto por la misma razón apuntada más arriba. Más agradable resulta comentar otros extremos que no se rozan con la lucha de pasiones y registrar pro-

gresos como ese de la creación de una Caja de Retiros para el personal de los Tranvías. Quien recuerde lo que ha sido ese personal y compare los derroteros que sigue actualmente la empresa con los que las agitaciones y aun las perturbaciones le imprimieron en otra época, no podrá menos de hacer justicia a quienes han sabido tan hábilmente descartarlas. Un nombre acude por fuerza a los puntos de la pluma y hay que escribirlo. El Sr. Foronda es acreedor, no sólo a la estimación de la Compañía que le ha confiado su gerencia, sino a la gratitud de Barcelona que, merced a su talento y energía, ha visto desaparecer un foco permanente de desorden y peligro, en algo que tanto afecta a la vida de una gran población como es su servicio tranviario. Si se compara lo que va de la huelga revolucionaria de 1902 a la semana de julio de 1909, podrá comprenderse cuánto pueden y valen las dotes personales y la acción de la constancia y el buen celo aun en asuntos tan escabrosos y de mal resolver como ese de las luchas sociales.

Ni es esta solamente la nota optimista que resalta de las solemnidades con que se celebró dicha inauguración. El cambio de espíritu a que nos referimos, la adhesión probada de un personal que antes era feudo de los malos pastores, que se distinguía por sus impulsos levantiscos y solía dar comienzo a las algaradas, dice no poco en favor de una política de conciliación y respeto sincero para con los trabajadores, sin renunciar a ninguna de las exigencias de la disciplina indispensables para que no fracasen las iniciativas más sólidas. Porque no faltan, en efecto, los pesimistas que niegan toda eficacia a la llamada acción social, calificándola de paños calientes y unturas que nada resolverán en definitiva ni servirán para detener la consabida conflagración. No; esto no es verdad. Y aquí mismo, en Barcelona, en la ciudad donde con mayor encono y violencia se han presentado estos conflictos y en el núcleo que era el núcleo más calificado de la agitación, podemos observar y señalar el ejemplo.

Lo que hay es que esa obra no se hace por sí misma; no puede realizarse automáticamente ni en formas yertas e impersonales. Requiere la presencia de un hombre, de un convencido y preparado para realizarla, que acaso no sepa mucho de teorías humanitarias ni de libracos y sociólogos de gabinete, pero que tenga la habilidad de ejecución y de operar sobre la carne, sobre la entraña de la vida; que posea el instinto de la justicia y que conozca a los hombres lo bastante para ampararlos hasta el último extremo cuando tienen razón y compartir sus penalidades y riesgos en los días de prueba, única manera de hacerse respetar íntimamente y de imponerse con algo más efectivo que la superioridad jerárquica.

Registremos, pues, este progreso y pasemos a otro, aunque de diverso orden y calidad, que se relaciona con el renacimiento económico de España y con la mejora de servicios importantísimos. El de las comunicaciones marítimas es uno de ellos. Se ha hablado aquí, hace tiempo, de esa reforma de nuestra navegación a vapor con motivo de la que ha transformado en flota espléndida los buques de la Isleña Marítima destinados al servicio entre la Península y las Baleares. Siguió a ésta, la de las comunicaciones con África y la de la casa Pinillos, Izquierdo y C.<sup>ª</sup>; y ahora le ha tocado su turno a la Compañía Transatlántica española, que refuerza su contingente con dos nuevos preciosos vapores, uno de los cuales, el *Victoria Eugenia*, ha emprendido ya su viaje de inauguración.

El apasionamiento del lenguaje político, la oposición a todo trance contra el régimen actual, la necesidad que sienten los agitadores de enfurecer a las masas y de extender el descontento, han ido creando un estado de espíritu ficticio en gran parte, un pesimismo convencional que no responde a la verdadera realidad española. Porque España progresa en no pocos aspectos, como no había progresado en períodos de gran satisfacción nacional. Y se da ese contraste: que unas épocas de verdadero atraso en todos sentidos, de innegable miseria y agotamiento en todos los órdenes demostraron una alegría y confianza que ahora nos parece inverosímil, mientras en la actualidad con muy claros síntomas de mejora y renacimiento gastamos un lenguaje lúgubre y deprimente como no lo ha empleado país alguno en los instantes más críticos de su agonía.

Hay en este fenómeno una buena dosis de subjetivismo. Es el método de la desesperación artificial, cultivado a sabiendas para lanzar a las muchedumbres por el camino de la violencia. Epocas hubo en España, durante los cien años últimos, mucho más azarosas, muchísimo más desventuradas todavía que la presente; y, sin embargo, eran radicalmente distintos el lenguaje y el íntimo sentir de la multitud. Por pertenecer España al grupo de las naciones llamadas latinas, por su propia índole meridional pueden en

su alma mucho más las abstracciones o las palabras sonoras que todas las realidades, substancias, riquezas y poderíos del universo.

En otros países, en medio de otras gentes, la *actividad social* es lo primero, cuando no lo es todo. Aquí la *vida política* parece ser lo único, y da el tono a lo demás y aun lo calumnia y envilece. No es la primera vez que recuerdo esa antimonia. El mismo auge de Barcelona me la hizo evocar recientemente y ahora tráela de nuevo a mi espíritu ese aumento de la flota de la Transatlántica, que viene a simbolizar y concretar el incremento de nuestra navegación, demostrado por las últimas estadísticas.

La aclimatada institución de los «exploradores» está en pleno furor entre los muchachos y motiva entre el resto del público comentarios de todo calibre. En esto como en todo domina la propensión a las explicaciones complicadas de las cosas más fáciles o a lo que los escolásticos llaman demostrar «lo obscuro por medio de lo obscurísimo».

Yo no me maravillo de este éxito de la institución inglesa entre nosotros. El pueblo británico es el que más se preocupa y se ocupa de la niñez. El alma inglesa es un alma de niño grande y de allí proceden todas o casi todas las obras que interpretan o satisfacen la curiosidad o el temple de la infancia: *Robinson*, los *Viajes de Gulliver*, los libros de Rudyard Kipling, y es fuerza comprender en esta dilatada familia literaria lo que han producido sus primos hermanos de Norteamérica y aun aceptar derivaciones de carácter latino tales como la novela de Julio Verne.

Pues bien: los «exploradores» traducen vagamente todo eso a la realidad. Satisfacen de un lado el espíritu de aventuras latente en el alma de todos los niños y de otro el instinto militar o guerrero que, como reminiscencia ancestral, duerme también en los fondos oscuros de lo subconsciente. El niño admira, antes que cosa alguna, la intrepidez: siente, antes que cosa alguna, la fascinación de las hazañas maravillosas por mar y por tierra, en los grandes bosques vírgenes y en las islas inhospitalarias y desiertas. Y si este niño es inglés halla en todo ello su lección de patriotismo y energía nacional: la de bastarse a sí propio en lucha contra todos los elementos exteriores y la de coordinarse en heroica y silenciosa disciplina, incluso para saber morir bellamente y según ordenanza como en el naufragio del *Titanic* o a la manera del capitán Scott y de sus compañeros en la proximidad del polo antártico.

Antes fueron los deportes ingleses propiamente dichos los que se apoderaron de la moda y conquistaron nuestra juventud; ahora se ensaya esta institución *sui generis* que, a pesar de su exotismo y de la falta de preparación en que generalmente se hallan los públicos españoles, se ha propagado con extraordinaria rapidez. Veremos si el movimiento anglofilo, más saludable que otras imitaciones extranjeras, perdura y si logramos rebajar en algunos grados, merced a tales influencias, el vicioso concepto español y latino del «niño mimado», del *enfant gaté*, tímido, cobarde, sedentario, abrigadito y escrofuloso siempre con una bufanda al cuello y un dulce en la boca, pegado siempre a las faldas de su mamá para acabar después haciéndose oficinista y presupuestivo, según aquel proceso que nos descubrió hace años un libro famoso durante algunos meses y ahora olvidado: *A quoi tient la supériorité des anglo-saxons*.

La feria de palmas estuvo espléndida. La Rambla de Cataluña se convirtió en un encanto de tonalidad delicada y suave. Realmente el color de esas palmas cimbreantes lo mismo que su línea son un verdadero hallazgo de la naturaleza. No puede darse nada más fino que este tono crema ni que esta línea ligeramente desmayada y curva.

Con el Domingo de Ramos desfilaron las palmas y, al de las palmas, ha sucedido el desfile de todas las fiestas y solemnidades de la semana: San José, Jueves Santo, Viernes Santo, Sábado de Gloria... Con el toque de gloria, y el repique de campanas, y las salvas de Montjuich, y el disparo de escopetas por los terrados, el cielo parece abrirse a la primavera y Barcelona encenderse en aquel ardor de sangre que colorea las mejillas de la doncella vigorosa. Abril, mayo, junio: he aquí la temporada de oro de Barcelona, su momento por excelencia. Tan alegre, tan animada y brillante que la ha hecho Dios, con su cielo y su mar y su brisa y sus flores, y tan lúgubre como la hemos visto a veces por obra humana y fratricida. ¡Bah! Desechemos los recuerdos tristes y abramos el pecho a la esperanza y a los efluvios de la estación. Los hombres pasan, lo mismo que sus fueros y sus odios, y la ciudad queda y triunfa a pesar de todo. Creamos en la ciudad y, sin desconfiar de los hombres a guisa de misántropos, pongámonos discretamente en guardia contra sus errores y extravíos.

MIGUEL S. OLIVER.



REDENCIÓN, POR D. MARGARIT, dibujo de Carlos Vázquez



... que Paz lloró al escucharlo desde la habitación inmediata

Era Paz una buena moza de diez y ocho años, que despreció siempre todas cuantas proposiciones de noviazgo y, por consiguiente, de matrimonio se le hicieran.

Sus ancianos tíos, D. José y Doña Antonia, banquero aquél acaudalado de una provincia española, hubieron de extrañarse constantemente de aquel frecuente y continuo horror que Paz sintiera por la vida matrimonial.

Debiera ser instintivo y por lo tanto sin razonar aquel pensar de su sobrina, pues que de la poca vida que ella conocía no pudo desprender nunca conclusiones que le hicieran concebir tales ideas.

Los tíos, durante el período de tiempo en que vivía con ellos la huérfana, que no era corto, pues a los ocho años de nacer habían muerto sus padres,

demonstráronse, por su parte, ese mutuo afecto y consideración de todos los matrimonios que, habiendo pasado por la vida partiéndose sin cesar sus tristezas, trabajos y dolores, llegan a la vejez con esa sana y santa sabiduría que encuentra fácil consuelo para los pesares y tiene una sonrisa de resignación para todos los golpes de la adversidad.

Y no era que a Paz le hubiesen faltado los pretendientes, que el olor de una gran fortuna, adornada con una singular belleza de mujer, siempre despertó golosos, sino que ante su tenaz negativa se estrellaron tímidos y atrevidos, y tuvo para todos una frase, como de despedida, tan oportuna y feliz, que no le restó ninguna amistad.

La tía Antonia, a quien más que como tía consideraba como madre, hubo de reñirle en más de una

ocasión, amorosamente, pintándole con negros colores su vivir de soltera, aislada, falta de todo cariño y sincera amistad cuando ellos, los buenos tíos, faltasen.

Paz reía, reía siempre: aquella risa no molestaba a su tía: antes al contrario, la traducía en un sentido de confianza en la vida o en propósitos bien definidos por parte de su sobrina.

— Algún secretillo debe ocultarnos, replicaba el tío José cuando esto le contaba su esposa.

— ¡Sería extraño!.. No lo creo, le respondía ella. Nuestra sobrina nunca fué reservada conmigo... Debe ser más bien algo que piensa y que, no meditado aún, la determina a guardar un silencio momentáneo.

Así transcurrían los días y los meses. La casa de



banca, como si la fortuna le ofreciera sus constantes y asiduos favores, aumentaba de día en día sus operaciones, proporcionando a aquella familia cuantiosos ingresos, que eran recogidos sin avidez, como don del cielo, por el continuo luchar de su anterior vida...

Paz era la que diezaba frecuentemente aquellos ingresos por su *viciosa costumbre* — según la clasificaba su primo Javier, antiguo adorador de su hermosura por la riqueza que la acompañaba — de repartir en limosnas y donativos lo que para perfumes y gastos inútiles se le entregaba, y que a veces hizo ascender la cuenta de un frasco de esencia a doscientas pesetas, cosa muy extraña, mas no tanto al ver que aquel perfume se titulaba «Caridad».

Era aquel primo, sujeto criado en la holganza y el vicio, quien quizás, sin él saberlo, más había contribuido a que su prima tomase la determinación de hacer por siempre una vida de castidad.

La constante relación de sus fáciles conquistas y aventuras, que relataba con aire de Tenorio de *café-concierto*, hecha con un énfasis que denotaba a las claras, más que un mal corazón, un corazón que se envanecía de ser malo, la hicieron juzgar a los hombres por aquel que así, con esta libertad familiar le hablaba, y por el cual sintió, al verlo deslizarse por la pendiente del vicio, algo más que un sentimiento de piedad..., desprecio primero, después un deseo intenso, poderoso, de evitar su caída segura, forzosa..., pero ¡era Javier tan poco predispuesto a la redención!

Inútiles fueron sus consejos: aquellos consejos que su pudor velaba con ropaje de doble sentido..., que adornaba con el encanto de la fábula... Su primo no la comprendía o no quiso comprenderla...

¡Después de todo, ella no supo — según él — comprender su amor!

Por lo demás, la vida para ellos transcurría sin ninguna alteración importante, Paz, en ciertos momentos, bajaba a la oficina a ayudar en sus quehaceres al tío, y animaba con aquella su mágica sonrisa de ángel aquel continuo ajeteo de los dependientes, entre los cuales alguno hubo que soñó por ella de amor, secreto y puro, guardado en lo más recóndito de su corazón por temor a la burla de los demás compañeros.

Transcurrieron así dos años. El primo Javier acabó al fin por no frecuentar la casa de sus tíos, visto lo inútil de sus esfuerzos para conquistar a Paz.

Lentamente había operado la retirada. D. José, dedicado por completo a sus negocios financieros, y Doña Antonia, atareada también por los continuos cuidados domésticos, no se fijaron en ello, y si lo notaron, disculparon la ausencia achacándola a atenciones amorosas de su sobrino, cosa que nada de particular tenía.

No pensaba del mismo modo Paz, convencida hasta la saciedad de que su primo no podía tomar en serio — cabeza casquivana — ningún amor, por muchos alicientes con que se lo embellecieran. Ya sabía ella perfectamente la causa de aquella retirada, hasta cierto punto vergonzosa, que no hizo sino poner de relieve la falta de sentido de aquel pobre

hombre, demostrar claramente que hasta pudo huir por temor de contagiarse de aquella locura bondadosa de que Paz estaba atacada en grado sumo.

Eso *era* *lo* *que* *ella* *creía*: estaba con-

poco de la región ideal donde a ella la llevara su pureza, si era para volver a subir, no sola, sino con otra alma que, a imagen de la suya, también gustaría de aquella dicha que en su juventud disfrutara, y que los descuidos estuvieran a punto de dejar perder...

Ya se pondrían de acuerdo la Castidad y la Caridad para no disputar por tan fútil motivo, máxime cuando Caridad y en grado sumo era la caridad aquella no de «dar de comer al hambriento», sino de salvar al que fatalmente corre a la eterna perdición.

Y extrañeza grande produjo en el ánimo de Doña Antonia la pregunta formulada por Paz:

— ¿Por qué no hace el tío de manera que vuelva Javier?

La miró sorprendida..., ¿a qué venía aquello?..

Pero la huérfana fué explícita..., contó todo, todo, a la buena tía... No omitió ni el menor detalle ni la más ardiente lágrima... Allá en las reconditeces de su alma había un naciente amor, oculto, hacia Javier, y aquel amor, que consideró imposible por la mala conducta de su primo, fué lo que la impulsó a encerrarse en su torre de marfil... Ahora comprendió perfectamente Doña Antonia el anti-

guo modo de ser de su sobrina...

— Sí..., sí..., verás como todo lo arreglaré el tío, le dijo; ¡te lo mereces tú!, ¡también él!..

La sobrina, contenta, comprendida y mimada en su sentir, besaba su arrugada mano.

— Ya verás qué fácil nos será volverlo por el buen camino... Seremos tres contra él... ¡Y él no es malo!

Y la buena señora forjó una emboscada donde habían de caer a Javier..., a Javier si era tal como ellas lo consideraban...; si no, preferible era que se escapase para siempre...

Y uno de aquellos días en que al sobrino se le ocurrió ir a la casa, la tía, misteriosa y apesadumbrada, le hizo una revelación importante. Era cosa ya decidida... Paz se casaba, por complacerlos a ellos, con un hombre a quien no quería.

— Ya ves, le dijo, nuestra fortuna mermada..., nuestro honor exigen este sacrificio... ¡Si se te ocurre alguna objeción!..

El hombre se enfureció en grado sumo. Eso era muy grande, muy noble; pero los tíos no debían permitirlo... Hablaba impetuoso, apasionado..., pero bueno en el fondo. ¡Ah, si él no hubiese perdido la confianza de Paz!..

— Ya le hablaría yo, tía... Ya no me importan las riquezas..., ya sólo me importa que yo la quise antes y ahora la quiero más porque es más grande...

Había en sus palabras tales acentos de veracidad y contrición, que Paz lloró al escucharlo desde la habitación inmediata...

— Yo sabría hacerla feliz... Yo trabajaría por reconquistar la antigua posición de ustedes.

Paz no pudo contenerse más... El rubor coloreaba sus mejillas y una lágrima de embriagadora felicidad brillaba en sus ojos... Entró en la habitación. Javier se dirigió hacia ella y le cogió una mano...

Empezó a hablar. Había tanta ternura en sus palabras, que Paz le escuchaba embelesada...

— ¡Si tú me creyeras!..

Ella lo creyó..., ¡era tan feliz al verse amada!..



Ajedrecistas, grabado de Erich Wolfsfeld. (Reproducción autorizada por la casa Werkmeisters, de Berlín.)

vencida... Sintió honda pena y deseos muy grandes, muy fuertes, después, de reconquistar para la honrada vida aquella oveja descarriada, que las pasiones hicieron su juguete y devoraban con cruel ensañamiento.

Su castidad era ya menos importante. Ella pudo soñar hasta entonces en la castidad, como suprema



Crepúsculo, cuadro de Beppe Ciardi. (Exposición Internacional de Bellas Artes de Venecia. 1912.)

perfección que la criatura puede alcanzar en la tierra... Pero, ahora, cuando veía aquel ser que así caminaba, sintió el deseo de salvarlo, de tenderle una mano que, cariñosa, le sujetara al borde del abismo, de la última falta..., poco importaba descender un

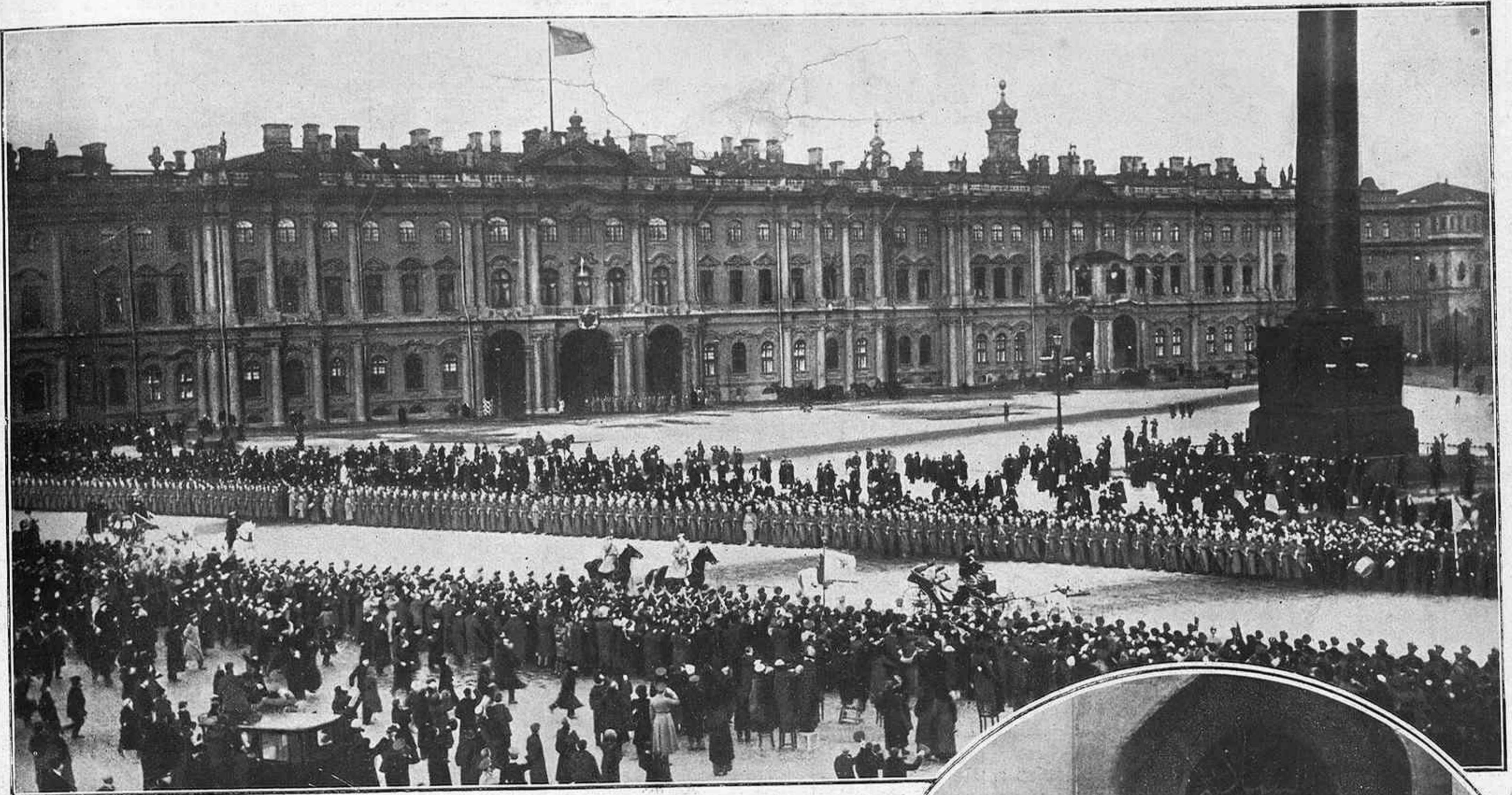
Empezó a hablar. Había tanta ternura en sus palabras, que Paz le escuchaba embelesada...

— ¡Si tú me creyeras!..

Ella lo creyó..., ¡era tan feliz al verse amada!..



SAN PETERSBURGO. - FIESTAS DEL III CENTENARIO DEL ADVENIMIENTO DE LA DINASTÍA ROMANOFF AL TRONO DE RUSIA



El cortejo imperial dirigiéndose a la catedral de Kazán

El día 6 de este mes se cumplieron tres siglos del advenimiento al trono de Rusia de la dinastía de los Romanoff, en la persona de Miguel Feodorovitch; cuyos descendientes han ocupado desde entonces sin interrupción el trono de aquel imperio.

Con este motivo, el actual tsar Nicolás II ha publicado un ucace de amnistía que ha devuelto la libertad a millares de presos políticos y a muchos condenados por delitos comunes; ha concedido 10 millones de rublos a Finlandia para la mejora de establecimientos de beneficencia, y 50 millones, producto de la venta de tierras del emperador, a la población rural. Todas estas medidas han causado la mejor impresión en la masa del pueblo ruso y han contribuido poderosamente a que apareciese más estrecha la unión entre el soberano y sus súbditos en las grandiosas fiestas celebradas con ocasión del centenario.

Entre estas fiestas han sobresalido las religiosas, que se efectuaron con inusitada pompa especialmente en las catedrales de San Petersburgo, Moscou y Kief. En San Petersburgo, el suntuoso cortejo imperial salió del Palacio de Invierno y se dirigió a la catedral de Kazán, siendo objeto de entusiastas ovaciones por parte de la población en masa que se agolpaba en todas las calles del trayecto.

Hubo, además, una gran recepción en el citado palacio, a la que concurrieron todos los altos dignatarios civiles, militares y religiosos, las corporaciones y gran número de príncipes vasallos asiáticos, entre ellos el emir de Bukara, el khan de Khiva y varios delegados mogoles. Algunos días después el tsar recibió a las delegaciones de los labriegos, a cuyos jefes el soberano abrazó e invitó a su mesa.

Completaron las fiestas que en todo el imperio se celebraron, espléndidas iluminaciones, grandiosas revistas militares y funciones de gala en los teatros.



El emir de Bukara Seid-Emir-Abd-ul-Akhala-Khan y su séquito que han ido a San Petersburgo para asistir a las fiestas. Aspecto que ofrecía la plaza de la catedral de Kazán durante la celebración de los oficios religiosos. (De fotografías de Bulla-Trampus.)



## ACTUALIDADES NORTEAMERICANAS



Las sufragistas de Nueva York que han hecho a pie el viaje desde aquella ciudad a Wáshington para presentar el memorial de sus reivindicaciones al nuevo presidente de la República Mr. Woodrow Wilson.

En el número último dimos cuenta someramente de la toma de posesión del nuevo presidente de la República de los Estados Unidos Mr. Wilson; a lo que entonces dijimos agregaremos algunos pormenores referentes a aquella ceremonia y explicaremos, además, algo de lo que en tal ocasión han hecho las sufragistas norteamericanas, en las cuales nos ocupamos también en el número 1.628.

La llegada de Mr. Wilson a Wáshington, procedente de Princetown (Nueva Jersey), había atraído a la capital de la República un imponente número de forasteros que no bajaría de 500.000. El nuevo presidente, acompañado de su familia y de 900 estudiantes de la Universidad de Princetown, hizo su entrada entre las aclamaciones de la multitud y fué inmediatamente a saludar al presidente mister Taft.

El día de la toma de posesión el cortejo oficial salió de la Casa Blanca, en donde Mr. Wilson se había reunido con el presidente sa-



Las sufragistas desfilando ante el nuevo presidente de la República el día en que éste tomó posesión de la presidencia.

termina con estas palabras: «Exhorto a todos los patriotas, a todos los hombres que miran hacia el porvenir, a que se pongan a mi lado. Con la ayuda de Dios no defraudaré su confianza si quieren aconsejarme y sostenerme.»

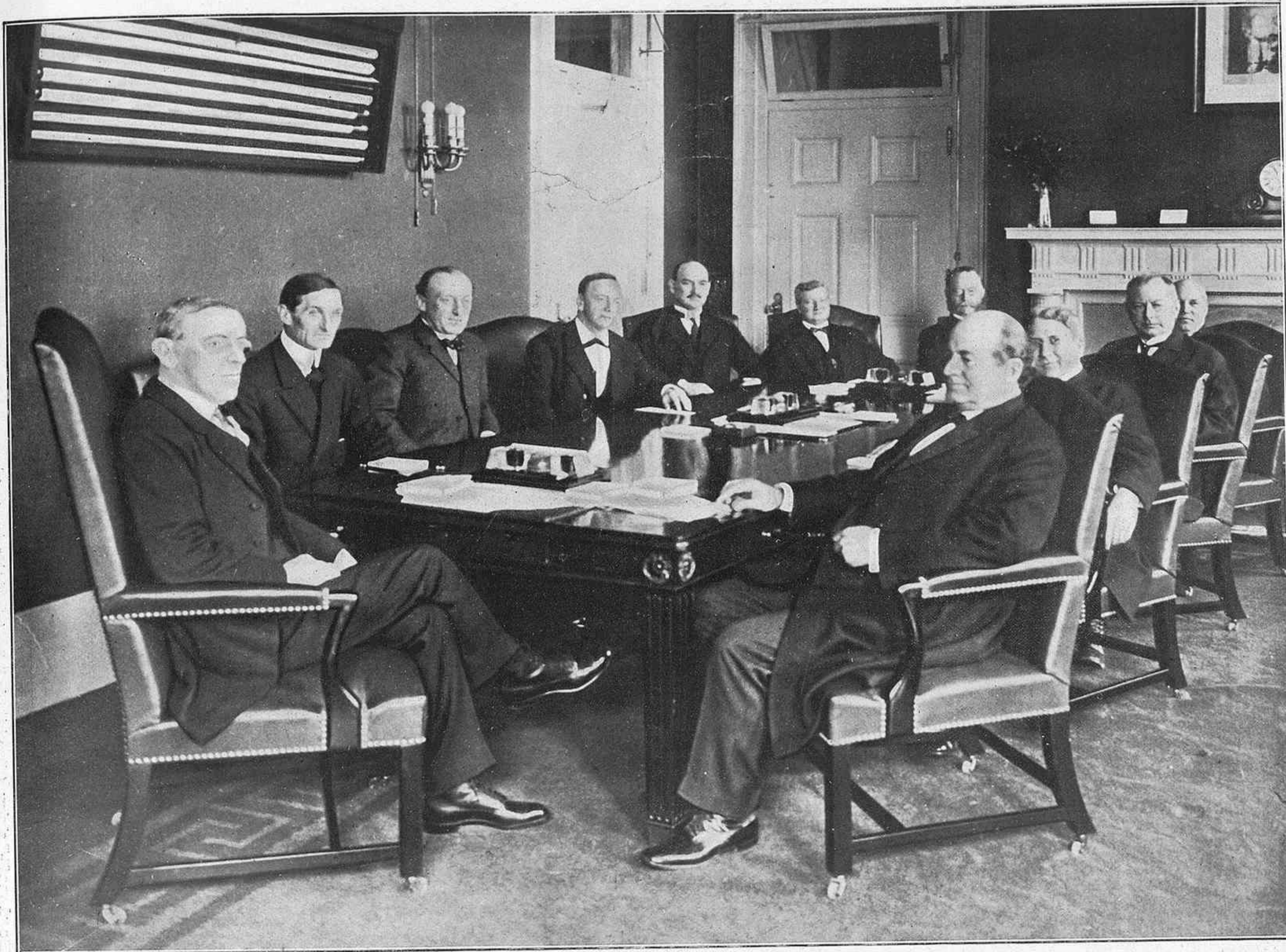
El presidente Wilson constituyó al día siguiente su ministerio. Entre los miembros de éste, cuyos nombres damos al pie de un grabado de la siguiente página, figura como secretario de Estado Guillermo Bryan, que ha sido dos veces candidato de los demócratas a la presidencia de la República y que, en las últimas elecciones, retiró su candidatura para apoyar la de mister Wilson.

Una de las notas más interesantes de la ceremonia de la toma de posesión del nuevo presidente la constituyeron las sufragistas que, en número de algunos miles, habían acudido a Wáshington, muchas de ellas, como las de Nueva York, ha-



Las sufragistas ejecutando cuadros vivos y bailando danzas clásicas en la escalinata del Capitolio de Wáshington. (De fotografías de Nouvelles-Photo.)





**El primer Consejo de Ministros celebrado por el nuevo presidente de la República de los Estados Unidos Mr. Woodrow Wilson**

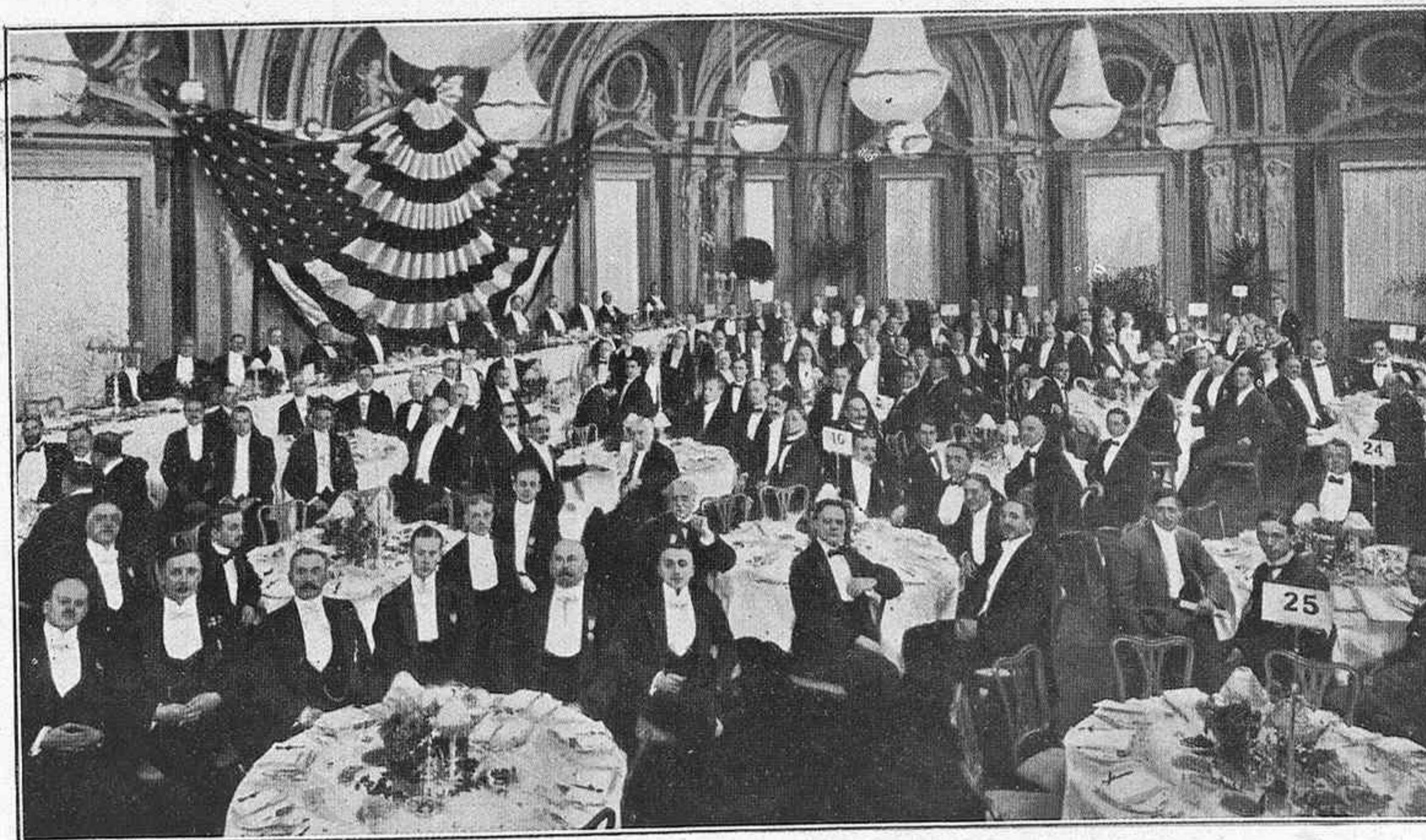
Alrededor de la mesa y de izquierda a derecha: Mr. Woodrow Wilson, presidente; Mr. Guillermo Mc Adoo, secretario del Tesoro; Mr. J. Mac Reynold, Procurador general; Mr. José Daniels, secretario de Marina; Mr. David F. Houston, secretario de Agricultura; Mr. Guillermo B. Wilson, secretario del Trabajo; Mr. Guillermo C. Redfield, secretario de Comercio; Mr. Guillermo Jennings Bryan, secretario de Estado; Mr. Lindley Gárrison, secretario de Guerra; Mr. Alberto J. Purleson, director general de Correos; y Mr. Franklin K. Lane, secretario del Interior. (De fotografía de Underwood y Underwood.)

ciendo el viaje a pie, según oportunamente dijimos. Otras, las del Illinois, fueron conducidas en un tren especial cuyos empleados, incluso los maquinistas, habían sido substituidos por mujeres, dando con ello la Compañía ferroviaria una prueba de galantería a las viajeras.

En la escalinata del Capitolio, noventa sufragistas improvisaron unos cuadros vivos y varias de ellas bailaron danzas clásicas, ante millares de espectadores.

«El cortejo de las sufragistas, decía un periódico de Washington, casi relegó al olvido la toma de posesión del nuevo presidente. Cinco mil mujeres, defensoras del sufragio, seguidas de numerosos adeptos tomaron parte en la manifestación. A la cabeza del cortejo iba a caballo la célebre sufragista Inés Millholland, de Nueva York.

«Jamás se ha presenciado una manifestación feminista más imponente en los Estados Unidos.»



**Banquete dado por la Asociación Exportadora de fabricantes americanos en el Hotel Astor, de la ciudad de Nueva York. (De fotografía del «Boletín de la Unión Panamericana».)**

de la Asociación Exportadora de Fabricantes Americanos a la que concurrieron ciento cincuenta de los más importantes manufactureros y exportadores de aquella República.

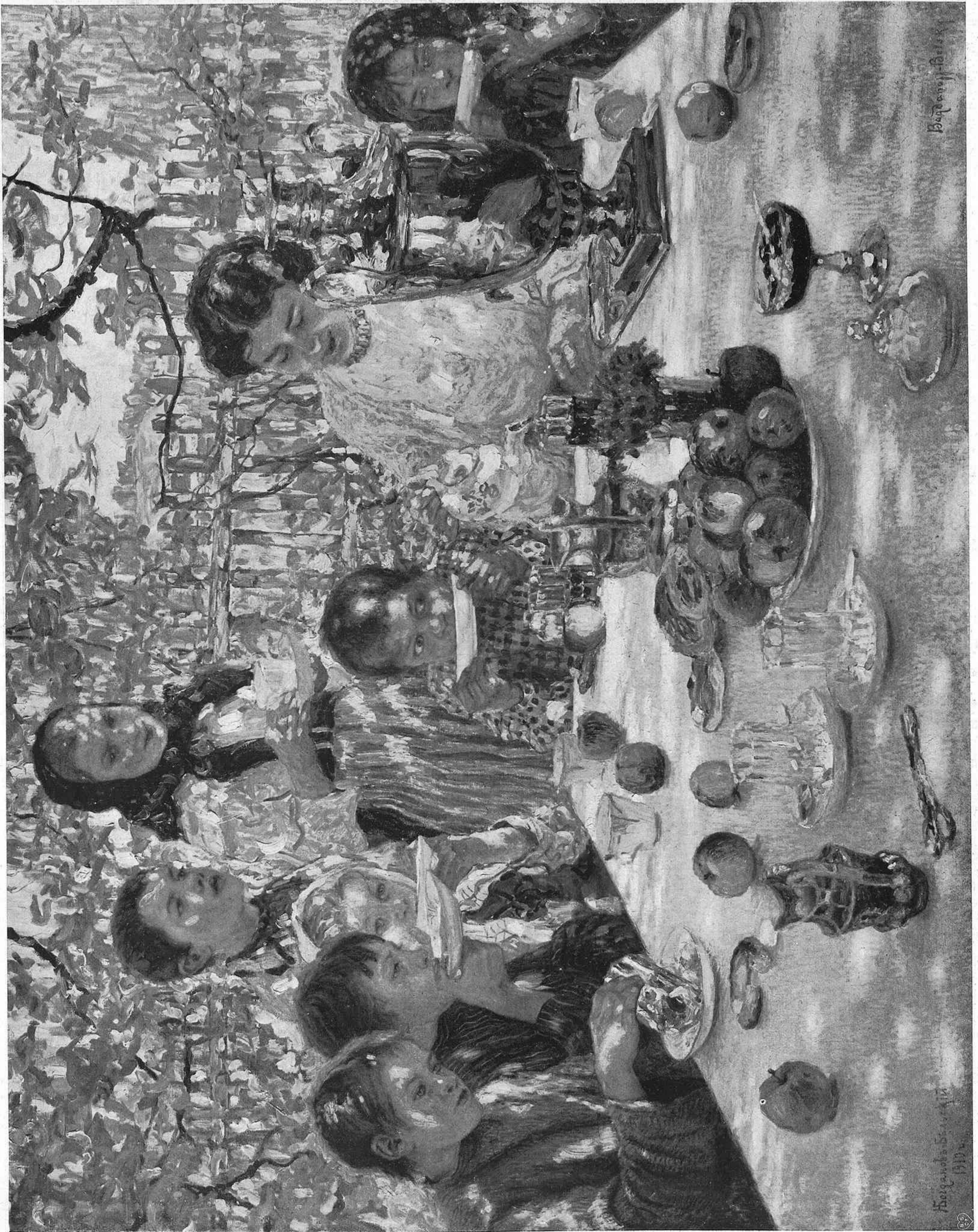
Los temas que se discutieron en las sesiones se refirieron a todos los aspectos del desarrollo del comercio exterior, habiéndose tratado, entre otros asuntos, de créditos exteriores, facilidades bancarias, cambios, navegación y aranceles aduaneros.

Terminadas las tareas de la convención, los asambleístas celebraron en el Hotel Astor un espléndido banquete de despedida, en el que pronunciaron elocuentes discursos los señores Guillermo C. Redfield, presidente de la sociedad; Evan E. Young, exministro de los Estados Unidos en el Ecuador; Carlos H. Sherrill, exministro de los Estados Unidos en la República Argentina; Guillermo Sulzer, gobernador del Estado de Nueva York; el conde

Con el principal objeto de promover el comercio exterior de los Estados Unidos, reunióse hace poco tiempo en Nueva York la tercera convención anual

Cándido Mendes de Almeida, director propietario del *Jornal do Brasil*, de Río Janeiro; Mr. Enrique T. Wills, secretario de la Asociación y otros. — S.





EL SANTO DE LA MAESTRA, cuadro de Bogdanoff-Belsky. (Exposición de Bellas Artes de Munich, 1912.)





LOS NOVIOS, cuadro de Federico Morgan

(Reproducción autorizada por la Photographische Gesellschaft, de Berlín.)



## BARCELONA. — LA FIESTA DEL ÁRBOL

En los terrenos que en el Tibidabo posee el Ayuntamiento y en los cuales ha de construirse un parque, celebróse en la tarde del domingo 16 de los corrientes la Fiesta del Árbol, esa fiesta

brado recientemente en el Teatro Principal un notable concierto popular, bajo la iniciativa y organización de la *Schola Orpheonica*.

Tomaron parte en la fiesta, además de la entidad coral mencionada, la banda municipal, el bajo D. Conrado Giralt, la

tar la subscripción con cuyos productos ha de erigirse en esta ciudad un monumento al autor excelso de *La Atlántida*, *Canió* y la *Oda a Barcelona*.

## TITTA RUFO Y EL «GALLO»

Los extranjeros podrán decir lo que quieran de la que algunos en España califican de fiesta nacional; podrán tronar contra las corridas de toros, que es la fiesta a que nos referimos; podrán, haciendo extensivo a todos los españoles lo que en el fondo es sólo afición de una pequeñísima minoría, aplicar los más duros calificativos a nuestro pueblo pintándolo como ebrio de gozo ante el sangriento espectáculo del circo taurino; todo esto podrán hacer y decir los que tomando, como vulgarmente se dice, el rábano por las hojas, parece que se complacen en buscar pretextos más o menos especiosos para denigrar a nuestra patria. Pero el hecho es que a las plazas de toros de muchas capitales acuden los extranjeros en gran número, dígalo, por ejemplo, la de San Sebastián, y que muchas notabilidades forasteras en todos los órdenes de la actividad y de la inteligen-



Barcelona. La Fiesta del Arbol. — Bendición del árbol regalado por la Granja Experimental y que fué plantado por las autoridades. (De fotografía de nuestro reportero Alejandro Merletti.)

por demás simpática que, desde hace algunos años, viene efectuándose bajo los auspicios de la benemérita asociación que lleva el nombre de la misma.

Los invitados se reunieron en el edificio en donde tiene instaladas sus oficinas la Sociedad El Tibidabo, siendo allí recibidos por el presidente y el secretario de la asociación, señores Miralbell y Udina.

Asistieron a la fiesta el capitán general Sr. Weyler, el gobernador militar, el Dr. Codina, prefecto de este Seminario Conciliar, en representación del señor obispo; el Sr. Juncal, en representación del señor alcalde; D. Rafael Puig y Valls fundador y hasta hace poco presidente de la Asociación de los Amigos de la Fiesta del Árbol; los señores Casals y Llanas, por la Sociedad Catalana de Horticultura; el Sr. Maspóns, secretario del Instituto Agrícola Catalán de San Isidro; el Sr. Vidal, presidente de la Junta provincial de Instrucción pública en representación del señor gobernador civil; el Sr. Mas Yebra, secretario de la Sociedad El Tibidabo; el diputado provincial señor Valls; el delegado de Hacienda Sr. Eulate; el Dr. Badía, por la Asociación Protectora de Animales y Plantas, y otras muchas distinguidas personalidades.

En el lugar en donde había de efectuarse la fiesta había numeroso público y centenares de niños y niñas, alumnos de las escuelas nacionales y particulares, formando animados coros alrededor de los árboles que debían plantarse. Cuando llegó allí la comitiva oficial, a la que acompañaba la banda municipal, el Rdo. señor vicario de la parroquia de Belén, por delegación del señor rector de la misma, bendijo el árbol donado por la Granja Experimental y que plantaron las autoridades; y seguidamente los niños procedieron a la plantación de los que para ellos había dispuestos.

El presidente de la Asociación Sr. Miralbell dió las gracias a las autoridades y a los invitados que con su presencia habían contribuído al esplendor de la fiesta, y en breves y elocuentes frases demostró la importancia que para todos tiene el fomento de la arboricultura, así como la conveniencia de inculcar a los niños que mañana serán hombres el amor a los árboles.

El capitán general ensalzó la fiesta, felicitó a sus organizadores y manifestó que era, además de militar, agricultor y que de ello se sentía orgulloso.

En la plazuela del edificio de las oficinas de la Sociedad El Tibidabo, repartieron las meriendas a los escolares; y en el salón principal del mismo obsequióse a las autoridades e invitados con un *lunch*.

Las bandas municipal y de la Casa de Caridad amenizaron la fiesta ejecutando escogidas piezas.

## BARCELONA

CONCIERTO EN EL  
TEATRO PRINCIPAL

Como homenaje a la memoria de Jacinto Verdaguer y con el objeto de contribuir a la subscripción pública abierta para la erección del monumento al inmortal poeta, se ha cele-

contrato D.<sup>a</sup> Elisa Gallinat, los profesores D.<sup>a</sup> Dolores Durá y D. Tomás Buxó y el actor D. Enrique Giménez.

El teatro ofrecía hermosísimo aspecto, viéndose ocupadas todas las localidades por familias de nuestra mejor sociedad.

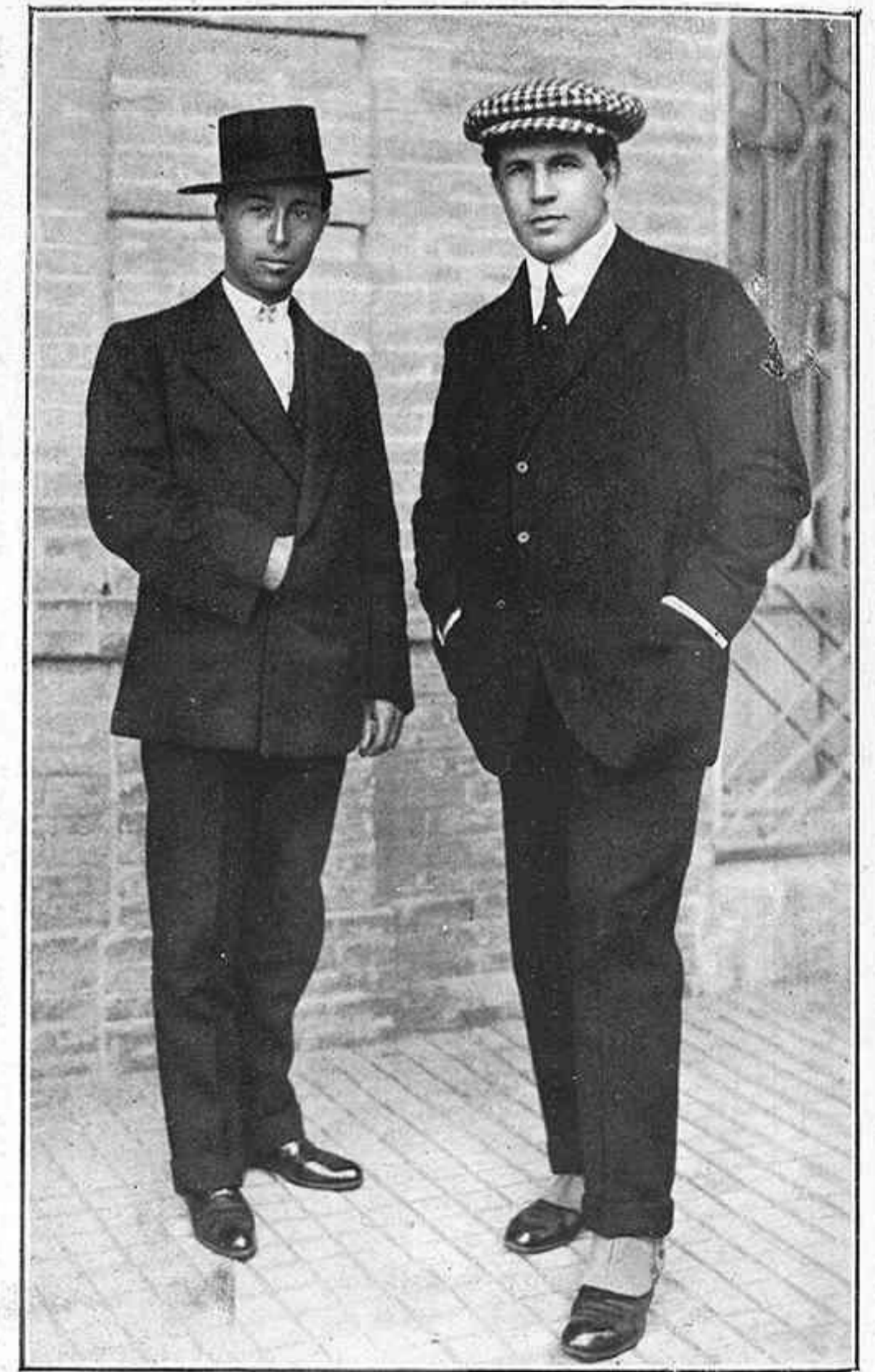
En el vestíbulo habíase colocado un hermoso busto de Verdaguer, obra del notable escultor D. Eusebio Arnau, que se destacaba sobre una bandera.

La *Schola Orpheonica*, dirigida por su maestro D. Arturo Marcet cantó inspiradas composiciones de Marcet, Bionimelis, Sancho Marraco, Guanyabens, Pedrola, Morera, Nicolau, Vives, Borrás de Palau, Noguera, Narcisa Freixas, Roland de Lassus, Mendelssohn y Grieg. Todas las piezas del programa fueron ejecutadas con la perfección que caracteriza a la *Schola Orpheonica* y que ha conquistado para ella uno de los primeros puestos entre nuestras mejores sociedades corales. El público premió a los orfeonistas con grandes aplausos y les obligó a repetir algunas de las composiciones. El Sr. Giralt cantó el solo de la grandiosa obra de Grieg *La patria nueva*.

La banda municipal, dirigida por el maestro Sr. Casañé tocó admirablemente varias piezas, entre ellas la inspirada *Fantasia Catalana*, de Ribera, y en unión de la *Schola Orpheonica* ejecutó un fragmento de la ópera de Wagner, *Tannhäuser*, que valió a ambas entidades fueron una ovación calurosa.

Muy aplaudidos fueron asimismo la señora Gallinat que cantó con bellísima expresión varias canciones de Borrás de Palau, Narcisa Freixa, Buxó, Nicolau, los profesores D.<sup>a</sup> Dolores Durá y D. Tomás Buxó por la perfecta interpretación que dieron a las obras que ejecutaron y el Sr. Giménez que recitó algunas poesías.

La *Schola Orpheonica* ha recibido entusiastas felicitaciones no



El eminente barítono Titta Rufo y el aplaudido matador de toros el Gallo. (De fotografía de V. Barberá Masip, de Valencia.)

cia humanas no se desdenn de alternar, cuando se hallan de paso en esta tierra, con los *mataores* más afamados, de asistir a las corridas y de aceptar, si no es que lo soliciten expresamente, que el espada predilecto del público les brinde un toro.

El grabado adjunto es una buena demostración de lo que afirmamos, y conste que el caso no es único, ni mucho menos. El eminente barítono Titta Rufo el ídolo de todos los públicos filarmónicos, ha contraído, durante su última estancia en Madrid, cordial amistad con Rafael Gómez, el *Gallo*, otra eminencia, ídolo también, aunque de otros públicos, de los públicos taurófilos. En Valencia, en donde está tomada la fotografía que reproducimos, el cantante incomparable convidó a almorzar al aplaudido diestro y en una de las funciones que dió en el teatro de aquella hermosa capital le dedicó una canción y el diestro, en justa correspondencia a aquel obsequio, regaló al cantante un magnífico capote de paseo que Titta Rufo prometió llevar cuando interprete el papel del torero Escamillo en la popular ópera de Bizet, *Carmen*.

Pocos días después, debiendo el *Gallo* torear en Barcelona, Titta Rufo vino expresamente a esta ciudad para asistir a la corrida. El espada le brindó uno de los toros que le correspondía matar y encarándose con el bicho, realizó una faena que los inteligentes en el arte del toreo calificaron de magistral y que terminó con una estocada magnífica que mató al animal instantáneamente. Titta Rufo hizo un espléndido regalo al *Gallo* y el público premió al matador con una ovación delirante.



Barcelona. — Concierto dado en el Teatro Principal por la «Schola Orpheonica» y otros elementos musicales de esta ciudad como homenaje a Verdaguer y para contribuir a la subscripción abierta para erigir un monumento al inmortal poeta. (De fotografía de Alejandro Merletti.)

sólo por el nuevo triunfo obtenido en el concierto, sino también por su iniciativa de contribuir con tan hermosa fiesta a aumen-

hizo un espléndido regalo al *Gallo* y el público premió al matador con una ovación delirante.



# LOS TERRORES DEL RADIO

NOVELA ORIGINAL DE ALBERTO DÓRRINGTON. - ILUSTRACIONES DE A. C. MICHAEL. (CONTINUACIÓN.)

- ¿Permitirá usted, pues, que venga él aquí a curarme?

- No impediré que cure sus lesiones de usted, señora Messonier.

- Gracias, Mr. Rénwick, ahora hágame el obsequio de tocar el timbre de junto a la puerta. Quiero probarle que no soy una doctora bárbara y criminal.

Apareció la enfermera, y a un movimiento de cabeza de la señora Messonier marchó hacia el pasillo, dejando al detective en la duda de lo que significaba su diligencia.

Eternidades le parecieron los pocos segundos que transcurrieron antes de que se oyese por el pasillo el crujido de una falda ondulante que rompía el intolerable silencio.

La enfermera abrió la puerta para que entrase Miss Violeta Cranstone.

El detective la miró en muda admiración.

El rostro de la joven actriz hallábase realzado por una belleza beatífica.

Aquellos ojos negros, antes casi ciegos y que al mero resplandor de una mortecina lámpara se contraían, brillaban ahora con todo el esplendor de una tierna y ardorosa juventud.

Quedóse la actriz mirando inquisitivamente la figura afligida de Beatriz y la cara bellamente aniñada del joven detective.

La señora adivinó la causa de su mutuo embarazo, y, aun en medio de sus propios tormentos, no pudo menos de sonreír.

- Debe usted, dijo, conocer a Mr. Rénwick. Desde el terrible accidente del Estudio no ha dejado un momento de velar por usted como su ángel custodio.

La joven actriz exhaló un grito de sincero júbilo y asió fuertemente una mano de Rénwick.

El terror de las tinieblas había desaparecido de ella definitivamente.

Estaba ya en libertad de volver a su hogar, rebosando la alegría del vivir y la ambición de la fama escénica.

- A no ser por la ayuda de usted, Mr. Rénwick, hubiese ya sido un despojo humano, pues usted, aun contra la voluntad de mi madre, abogó porque me pusiese en cura, en manos de la señora Beatriz Messonier.

La salud de la vista encantadora de la joven actriz estaba completamente restablecida, y el detective sintió en su fuero interno un agudo remordimiento de la injusticia con que había juzgado las intenciones de la especialista del radio.

De repente la voz de Beatriz interrumpió el curso de sus reflexiones.

- Miss Cranstone volverá esta tarde a su casa..., curada como ve usted. ¿Quiere usted estarse aquí hasta que ella vaya a partir?

Gifford se manifestó deliciosamente encantado ante la invitación y comenzó a elogiar la maravillosa cura de Miss Cranstone; pero le interrumpió el ruido de unas pisadas ligeras que se oían avanzar fuera en el pasillo.

Abrióse la puerta y, sin ser anunciado, penetró en la sala el Dr. Tsarka, envuelto en su gran abrigo de automóvil.

Su rostro estaba macilento y ojeroso, y sus labios fuertemente contraídos.

Al ver al joven detective le subió a la cara una rojez obscura, de ira y de despecho.

- No sabía yo que hubiese usted invitado a este joven caballero para que nos encontrásemos aquí, Beatriz, dijo con enfática amargura.

- No, mi querido doctor. Mr. Rénwick ha procla-

formaba parte de aquélla. En aquel departamento determinóse el detective esperar hasta que el especialista japonés pronunciase su diagnóstico sobre los efectos causados por la horrible explosión del tubo de radio.

Miss Cranstone se encontraba como quien acaba de ser libertada de lóbrega mazmorra, y al ver un gran tiesto de flores en un rincón de la ventana quedóse como extasiada.

Por fin había desaparecido el terror de la ceguera.

Ya no experimentaría más aquellas lanzadas de fuego que, destrozándole las pupilas, habían amenazado arrebatarse juntamente con la luz de los ojos los esplendores de la razón.

Volvióse hacia el detective y en su rostro revelóse una gran ternura.

- Un día, cuando la luz se había amortiguado en mis ojos, dejándome triste palpar de silla a silla mi camino, toqué una rosa que habían puesto junto a mí: El perfume de la flor estaba allí; pero, al tacto, percibí algo opaco, hórrido, negro. ¿Experimentó usted algo parecido durante su ceguera de radio?

- Sí, respondió gentilmente. A mí también me cerró el radio mi pepueño mundo. Arrojó un inmenso y lóbrego capuz sobre el cielo y sobre los campos. Primero vi las cosas a través de un cendal violado y, finalmente, no vi nada, hasta que la Messonier rasgando aquel velo dió entrada en mis ojos a la luz.

Permanecieron un rato silenciosos, como dos niños que se hubiesen encontrado el uno al otro en algún vago país de ensueños, y del cual acabaran justamente de salir.

El rostro del pequeño especialista, apareciendo en la puerta, disipó la dulcedumbre del ensueño que prometía engolfarles.

- Mr. Rénwick, dijo agriamente. Dos agentes del *Scotland Yard* suben por la escalinata del Instituto. ¿Es así como guarda usted su amnistía?

gritó con ira creciente.

El detective se excusó brevemente con Miss Violeta Cranstone y salió a la puerta acercándose al diminuto especialista.

- Le aseguro a usted, dijo calurosamente, que no tengo parte ni arte en la venida de esos hombres. Haré que esperen, fuera de la sala de operaciones, tanto tiempo como lo desee usted.

Y rápido como el pensamiento cerró las hojas de las puertas verdes del gran salón y les echó por dentro la llave, al tiempo que los agentes aparecían en el tramo superior de la escalera.

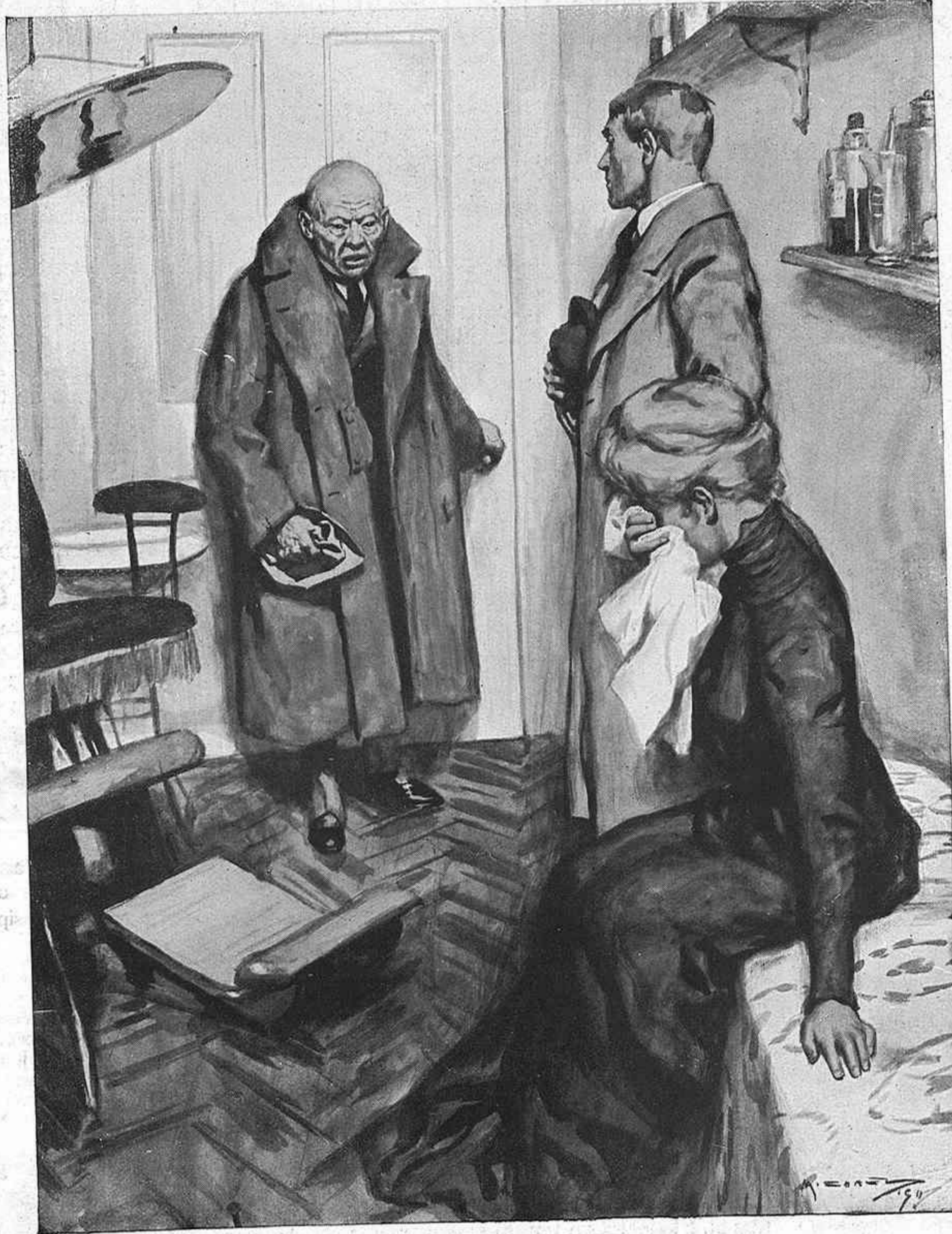
Volviéndose luego al especialista le dijo en voz sumamente baja:

- Caballero, haga el obsequio de continuar su operación. Ya encontraré algún medio de conservar nuestra amnistía, añadió ásperamente.

El especialista japonés le saludó con militar precisión y se volvió a la paciente que había quedado en la silla giratoria de operaciones.

Gifford sintió una creciente admiración por el diminuto doctor, al ver la serenidad y sangre fría con que volvía a su trabajo.

El detective fué junto a Miss Cranstone, que volvía indiferentemente las hojas de un álbum. Al ruido de las pisadas del joven alzó la vista.



- No sabía yo que hubiese usted invitado a este joven caballero

mado una amnistía. Ha sido lo bastante amable para permitir que venga usted aquí libremente y socorra a su antigua discípula.

En las palabras de Beatriz había cierto dejo de amargura que no pasó desapercibido para el joven detective.

No obstante, con una ligera inclinación de cabeza, respondió al agrio saludo del doctor:

- Espero que los sufrimientos de la señora Messonier cesarán pronto, Dr. Tsarka; la pericia y la ciencia de usted triunfarán sin duda alguna en este caso.

El especialista japonés se había desvestido su gran abrigo de viaje, pues sus instintos profesionales se habían despertado al instante que vió a Beatriz padeciendo.

Y desde el momento en que su antigua discípula se hubo asentado en la silla de operaciones, para él, Gifford Rénwick era como si no existiese ya en el mundo.

El joven detective no pudo por menos de admirar la sedosa soltura y delicadeza con que el diminuto doctor examinó a la paciente.

Después, dándose cuenta de la necesidad del silencio absoluto en la sala de operaciones, llevó a Miss Cranstone a un aposentillo retirado pero que



— ¿Está gravemente herida la señora Messonier, Mr. Rénwick? ¿Qué le parece a usted? Yo estaba presente cuando explotó el tubito, y durante unos instantes su rostro quedó envuelto en una niebla de color violado. Espero que no le habrá dañado la vista.

— Tratándose del radio, el Dr. Tsarka es capaz de milagros quirúrgicos, repuso Gifford con gravedad. Ahora probablemente vienen a interrumpirle.

Un recio golpe en la puerta del salón confirmó las palabras de Gifford.

Violeta Cranstone le interrogó con la mirada y él le respondió sin levantar apenas la voz:

— Son policías que llaman para prender al doctor Tsarka. ¿Haría bien en dejarlo prender?

La respiración de la joven se hizo más anhelosa, y el detective conoció que su pregunta había conmovido las raíces de la fibra moral de la actriz.

Violeta se había apartado ligeramente de él como sobrecogida de un terror súbito.

— ¿El Dr. Tsarka es un criminal?, preguntó Miss Cranstone, con los labios secos, abrasados.

— En mi opinión, sí.

— ¿Por qué pues me pregunta usted si haría bien en dejarlo prender?

— Porque pierdo el sentido de la responsabilidad moral.

La mirada del detective buscó ahora el dulce efluvio de los ojos de la actriz.

La aldaba de la puerta sonaba cada vez con más estrépito, y desde fuera, una voz áspera y autoritaria ordenaba a la especialista que abriese.

— Le estimaría en este asunto su consejo, Miss Cranstone, prosiguió Rénwick. Suponiendo que el Dr. Tsarka sea un criminal, ¿me creería usted culpable de dejarle escapar en esta oportunidad?

— ¿Se lo llevarían preso esos policías?

— Sí.

— ¿Y Beatriz Messonier? ¿Qué sería de ella, y de los que de ella esperan su salud?

Gifford permaneció silencioso.

Las estridentes voces de los hombres fuera, junto a la puerta del salón, se hacían más rudas, se percibían más claras; pero para el diminuto especialista parecían no existir.

Inclinado sobre la paciente junto a la silla de operaciones proseguía su examen de las lesiones y la cura de éstas, tan descuidado como si los agentes de la autoridad, que golpeaban en la puerta, fueran meros fantasmas.

Violeta Cranstone tocó ligeramente la inclinada espalda de Rénwick.

— No deje usted que prendan al Dr. Tsarka. ¿Qué mal ha hecho?

— Lo del Estudio sólo fué resultado de sus maquinaciones. ¿No fué usted una víctima de aquella salvajada? ¿No desea usted que la acción de la justicia caiga sobre él?

Violeta contrajo fuertemente los labios.

— No tengo derecho para juzgarle. Lo que deseo es ver a la señora Messonier libre de los tormentos que sufre.

El detective se acercó a la puerta de la sala de operaciones y preguntó con firmeza a los de fuera:

— ¿Qué buscan ustedes?

— Tengo orden de prender a Gifford Rénwick, respondió uno de los agentes. Está en este establecimiento..., ¿es usted Rénwick?

— Sí, ¿y el motivo?

Gifford empezaba a amoscarse por lo que él imaginaba un desvergonzado intento de burda broma, y añadió secamente:

— Ya sabrá usted que soy agente de la Internacional...

— ¡Lo siento mucho, Mr. Rénwick!, repuso agudamente la voz. Leeré a usted el motivo cuando abra usted la puerta. Nuestra acción ha sido originada por la información que se ha recibido en el *Scotland Yard* de que aceptó usted un cheque de doscientas guineas de los bandidos del radio japoneses.

— ¡El cheque de Tsarka!

La mente de Gifford retrocedió rápidamente a las doscientas guineas que le había dado Pepio San cuando se encontraba él bajo la mole aplastante de la ceguera que el radio le había producido.

— ¿Quién me ha acusado de... de...?

— ¿De estar en connivencia con la cuadrilla japonesa?, sugirió el agente. Oh, el negocio nos lo ha sopladado un japonés llamado Kotio Maru. ¿Le conoce usted seguramente?

— En mi vida lo he oído nombrar, respondió el detective con vehemencia.

Los dos agentes de la Seguridad parecían relamerse de gusto al ir a poner preso a un detective de los de Antonio Coleman. Sus risas llegaban hasta Gifford hiriéndole en su amor propio.

Volviendo la cabeza notó que el diminuto especialista le observaba atentamente.

— No abra usted esa puerta, dijo imperiosamente el especialista japonés. No he terminado todavía.

El detective le hizo una señal de aprobación y habló nuevamente a los agentes:

— Caballeros, me harán ustedes el obsequio de aguardar un rato. Si bajan ustedes, dentro de poco me juntaré con ustedes en el salón de consultas.

Los dos agentes hablaron en voz baja uno con otro y en seguida bajaron lentamente hacia la sala indicada.

Al mismo tiempo el Dr. Tsarka ayudó a Beatriz a bajar de la silla haciendo juntamente un saludo al detective.

— Las lesiones de la señora no son graves, según creo. Mañana se sentirá mucho mejor. Ahora debo retirarme.

— Mas no por las escaleras de la fachada de Húntingdon, ni por la puerta principal, le avisó Rénwick. Con seguridad que fuera del Instituto habrá algunos agentes apostados.

— Por la fachada posterior hay una salida secreta.

— Se ahorrará usted toda molestia permaneciendo aquí, Dr. Tsarka. En cuanto yo me entregue, esos agentes que esperan abajo marcharán conmigo.

Beatriz reprimió un pequeño grito.

— ¿Cómo; dice usted que va usted a ir preso?, exclamó. ¿Por qué razón?

El detective consultó pensativo su reloj y fríamente dijo:

— Por aceptar un cheque de Pepio Tsarka.

Beatriz se volvió en actitud interrogante hacia su antiguo *confrère*.

— ¿Sabe usted, mi querido doctor, cómo ha ido ese cheque a parar en manos de la policía?

El especialista neurálgico se encogió de hombros simulando un gran asombro y aburrimiento:

— No supe nada del cheque hasta que Pepio se lo entregó a Mr. Rénwick. Es una chiquilla muy impulsiva. Se lo di para que pagase unas cuentas que debía en Londres. El incidente es muy deplorable.

Violeta Cranstone se adelantó con terror angustioso en su mirada.

El detective se sonrió ligeramente, pero bajo la capa de su serenidad aparente había una profunda persuasión de su fracaso y de su ruina.

La joven actriz púsose a su lado, como el amigo que acude al lado de su herido amigo.

— Estoy afligidísima, Mr. Rénwick. ¿Sin duda que habrá alguna mala inteligencia terrible, verdad?

Gifford se acordaría después de los sufrimientos que la joven había experimentado en los ojos, y esta memoria le ayudaría a endulzar las horas más amargas de su vida.

Pero en las presentes circunstancias los pensamientos del noble detective estaban concentrados en la seguridad que de su libertad había dado al diminuto especialista.

Había empeñado su palabra de que al doctor japonés no le ocurriría cosa alguna y la había de cumplir.

Volviéndose a él repitió:

— Dr. Tsarka, no se marche usted de aquí, hasta que yo lo haya hecho.

Sin responder palabra el doctor nipón entró en una habitación lateral y cerró con llave la puerta tras sí. El detective tendió la diestra a la señora Messonier.

— Usted lo pase bien, señora. Si injustamente he sospechado de la integridad profesional de usted, le pido perdón humildemente.

Abrió rápidamente la puerta, pero no con tanta presteza que Violeta Cranstone no se pusiese a su lado en un momento.

El lazo de la amistad que los había unido no se iba a deshacer tan fácilmente.

— ¡Yo voy con usted!, exclamó con vehemencia la actriz. ¿Qué delito ha cometido usted para que le lleven preso?

Gifford la aseguró alegremente que él tenía en las altas esferas de la política y del gobierno amigos que no consentirían se le hiciese ninguna injusticia.

Violeta se le acercó estrechamente para despedirse, pero rompió a llorar al sentir el beso que Gifford le imprimía en la mano.

Después, sin pronunciar más palabras, el detective descendió ligero por la amplia escalinata y se entregó a los agentes de la autoridad.

#### XIX

La noticia de la prisión de Gifford bajo la inculpación de recibir dinero de los bandidos del radio y estar en connivencia con la pandilla de nipones ca-

pitaneados por Tsarka, según se decía, causó en la Oficina Internacional de Investigaciones un disgusto profundo y arrojó sobre ella una oscura sombra de deshonor.

El hecho de que Gifford hubiese recibido el cheque en una sazón en que le amenazaba la pérdida completa de la vista, no atenuaría en nada su falta ante el criterio del tribunal que le juzgase.

Esta, al menos, era la opinión de sus mismos amigos.

— Los que contemporizan con criminales japoneses deben tener cuidado de que sus dedos no los estrangulen. Mejor preferiría yo luchar desnudo y enfermo contra un tigre, que exponer mi reputación a merced de esos bandidos del radio.

Así murmuraba Tóny Hackett, sentado en su despacho de la Oficina Internacional, y fumando reflexionaba.

Su jefe se había dejado ver unos instantes para cambiar impresiones sobre el inesperado sesgo que tomaban las operaciones del diminuto especialista y se había retirado con el sonsonete de las anteriores palabras de Tóny en sus oídos:

«Los hombres que contemporizan con los criminales japoneses deben cuidarse de que sus dedos no los estrangulen.»

Los pensamientos de Tóny no se apartaban del círculo de circunstancias que habían precedido a la prisión de su amigo.

Su detención, acusado de complicidad, dejaría a la cuadrilla Tsarka en libertad, pues a él le constaba positivamente que Gifford Rénwick era la única persona que en Inglaterra había adivinado las sutiles operaciones de aquella criminal organización.

Tocando un timbre que sobre la mesa tenía, esperó hasta que un hombre de poca estatura y mucha nariz sacó por la entreabierta puerta la cabeza, alargándola como quien olfatea.

Hackett le hizo una seña con el índice.

— Por mi salud, señor; mi actitud husmeante débese sólo a la costumbre. Hay momentos en que, como sabe usted muy bien, Mr. Hackett, una nariz husmeante puede prestar inmejorables servicios.

Sentóse frente a Tóny, con las manos finas y sin nervios, extendidas sobre sus rodillas. El detective le miró con aire de benevolencia.

— Carr, en la Oficina te tenemos por el mejor derivador de alambres telefónicos de todas las Islas Británicas, y creemos que conoces las principales arterias del servicio telefónico de Londres mejor que cualquier perito operador de la Central.

— Gracias, señor, respondió Carr inclinándose en su asiento y clavando su mirada en el rostro reflexivo del detective. Creo que conozco mi oficio a la perfección.

Tóny alcanzó un libro con lomo negro de un estante de junto a la mesa, y lo colocó abierto encima de ésta.

— Busca el Instituto Messonier, Carr, y pon tu aparato en conexión con el de este centro para mañana por la mañana. Seguramente la señora Messonier hablará con un doctor japonés. Si puedes, nota el número de éste y dame cuenta detallada de cuanto digan.

Carr dió unos golpecitos agitados con los pies en el pavimento.

— Mr. Hackett, eso es un negocio muy arriesgado y el Sr. Coleman lo prohíbe, estrictamente, a menos que no se trate de un caso grave, de vida o muerte.

Hackett alargó por encima la mesa un cigarro a su interlocutor.

— Me parece, dijo con intención, que te pones nervioso, hombre. Ya sabes que sigo la pista a esos bandidos japoneses del radio. Al faltar Rénwick de la palestra, me he puesto de nuevo en campaña y necesito imprescindiblemente de tu ayuda.

Carr suspiró y emitió una bocanada de humo.

— He sentido en el alma la desgracia de mister Rénwick, señor; siempre fué bondadoso para mí, cuando mis cosas no marchaban tan bien como en el presente.

— Ha sido neciamente bondadoso para muchas personas, declaró Tóny. La bondad y consideración a los sentimientos ajenos le han llevado adonde está.

— ¿Una mujer, cree usted, señor?

— Cuatro, repuso Tóny, pero no sé cuál de ellas le habrá hecho salirse de la senda del deber. Hay una duquesa, una actriz cómica, una doctora, y otra, la más peligrosa, es una joven bellísima japonesa, de ojos negros como la noche.

— La duquesa no será, señor, explicó obsequioso Carr. No se enamoran ésas de los detectives privados. Si hubiésemos de señalar a una de las cuatro, yo apostaría por la actriz.

Tóny levantó la cabeza sorprendido.

— Tal vez; pues Rénwick es lo suficiente quijote,



por no decir otra cosa, para comprometer su porvenir por una muchacha que nunca le ha visto, y que probablemente no se acordará de él cuando él salga de la cárcel.

Carr levantóse del asiento, y suspiró nuevamente manifestando la evidente pena que le causaba la desventura de Gifford Rénwick. Tóny Háckett le despidió con un ligero movimiento de cabeza.

— Envíame la dirección de Tsarka; ese bandido usa teléfono. Yo pondré fin a sus odiosas maquinaciones, te lo aseguro. ¡Buenas noches, Carr!

Ahora que Gifford ya estaba fuera realmente de combate, Tóny se decía que podría él prender con toda libertad de conciencia a los bandidos japoneses.

Al día siguiente volvió muy temprano a la Oficina para esperar el resultado de las investigaciones del derivador telefónico de oficio.

No tardaron éstas mucho en llegar.

El primer informe llegó a las once. La voz de Carr se oía claramente en el receptor al detallar el resultado de sus operaciones matinales.

— ¿Oye usted, Mr. Háckett?

— Sí, sí, aprisa, Carr. Es negocio de vida o muerte para la Oficina.

— Bien, la duquesa de Márister acaba de pagar un cheque de cinco mil guineas a la señora Messonier. El Dr. Tsarka lo preguntaba hace diez minutos.

— ¡Oh! ¿Y las señas de su domicilio?

— Paseo de Abingdon, 24, Púrfew del Támesis.

— ¡Bien!

Tóny estaba para colgar el receptor, pero Carr no había acabado.

— El Dr. Tsarka ha pedido a la señora Messonier que le envíe hoy mismo el dinero a su casa.

Cinco minutos después Tóny se hallaba sentado con su jefe, disponiéndolo todo para el arresto simultáneo de Beatriz Messonier y del doctor Tsarka.

Antonio Cólman parecía algo agitado ante la precipitación que quería imprimir Tóny a la ejecución de sus planes.

— ¡Prudencia, Háckett, prudencia! No hemos de obrar de modo que demos pie para que la ley se meta con nosotros. Esa señora Beatriz Messonier es probablemente un instrumento inconsciente del Dr. Tsarka. Por amor de Dios, sea usted cauto, Háckett.

El pequeño detective hizo una mueca amistosa.

— Bien, señor, bien. Expondremos la cosa al *Scotland Yard*, y con tal que no se los coma la envidia, iré con sus agentes e identificaré a Tsarka y al pequeño demonio Inouyiti. Nuestros hombres vigilarán los movimientos de esa señora *rádica*.

Las intenciones de Tóny Háckett, una vez que Carr el operador telefónico le había suministrado la dirección de Tsarka, eran evidentes. La astucia y el subterfugio de nada servirían ya a los bandidos del radio para escapar de presidio.

Y una vez que el diminuto especialista declarase, Tóny esperaba que Gifford quedaría libre de su dilema.

Pocas horas después en compañía de tres agentes escogidos del *Scotland Yard* marchó a Púrfew del Támesis y se dirigió sin pérdida de momento al paseo Abingdon, donde apostó a sus hombres de manera que pudiesen interceptar el paso a Tsarka o a los amigos de éste que intentasen salir de la casa o entrar en ésta.

El primer acto de Tóny había sido notificar a la duquesa de Márister que existían sospechas de la complicidad de Beatriz Messonier con el Dr. Tsarka y que de consiguiente, podía detener el pago del cheque que había entregado a la especialista, hasta que la inocencia de ésta quedase plenamente demostrada.

La respuesta de la duquesa de Márister fué un desengaño para Tóny.

Declaraba que en modo alguno quería suspender

el pago de los honorarios devengados por la señora Messonier, la cual había realizado la cura más maravillosa que se podía imaginar, librándola en pocos días de torturas y sufrimientos indecibles.

Más aun, la duquesa de Márister declaraba que ella consideraba a Beatriz Messonier como un genio del siglo xx, que había sufrido las humillaciones

de la duquesa de Márister llegase a manos del doctor japonés.

Pasó una hora sin que en la casa se viese la menor señal de que seres vivientes la habitasen, y los agentes, inmóviles en sus puestos, comenzaban a impacientarse.

— ¿Por qué no asaltar la casa?, argüían. ¿Qué se gana esperando afuera.

Háckett observaba ante esas preguntas un silencio napoleónico.

Estaba seguro de que el portador del cheque de la señora Messonier llegaría antes de que oscureciese.

Lo que le preocupaba era si el portador sería hombre o mujer.

De vez en cuando pasaba algún vendedor con cestos de comestibles, junto a la entrada lateral.

Una señal de uno de los agentes hizo a Háckett poner la atención en un automóvil rojo que había desembocado casi silenciosamente en el pasco.

Detúvose a unos cincuenta pasos del lugar de observación de Tóny y éste vió a la primera ojeada que en el auto iban dos choferes, uno de los cuales parecía buscar el número de una casa.

El auto volvió algo atrás y se detuvo ante la residencia del especialista japonés.

Un momento después, un hombre alto, de aspecto marcial, descendió del carruaje, y haciendo con la cabeza un signo a los choferes se dirigió hacia la puerta de entrada del pequeño hotel.

Háckett saltó casi de su puesto de observación, examinando con sus anteojos de bolsillo las águilas que adornaban las rojas y esmaltadas portezuelas del auto.

— ¡Por Júpiter, es el príncipe Hohenhoff!, murmuró. ¿Qué demonios significa esto?

Hubo unos momentos de indecisión para el pequeño detective; pero luego prescindiendo de toda prudencia y reserva, se adelantó precipitadamente a tiempo de impedir al regio visitante que pulsase el llamador eléctrico.

— ¡Suplico al príncipe Hohenhoff, dijo, casi sin aliento, que me perdone; pero debo indicarle, como es mi deber, que esta casa está bajo la vigilancia de la policía!

El príncipe volvióse hacia el detective, quien en los ojos del regio visitante distinguió unas pequeñas escamitas argenteadas, las cuales le recordaron las mortales quemaduras rídicas que desfiguraron un tiempo las facciones de su amigo Gifford.

El príncipe era un tipo magnífico de la escuela moderna militar de Alemania, de facciones hermosas, y ágil de miembros como un atleta de profesión, desde su restablecimiento.

Miró vivamente al pequeño detective y su boca se contrajo.

— Sé que esta casa está bajo la vigilancia de la policía, respondió agriamente. Precisamente por esto la señora Messonier me ha pedido que le haga un pequeño favor.

Hablaba el príncipe con acento alemán muy pronunciado, y a cada palabra sus ojos parecían brillar con apasionado fuego.

El pequeño detective no sabía qué hacerse. Conocía perfectamente que el regio visitante no estaba complicado, en lo más mínimo, en aquella colosal estafa del radio por medio del Instituto Messonier, pero adivinó al punto que Beatriz se había servido del encopetado personaje para hacer llegar a manos del diminuto especialista el cheque de la duquesa de Márister.

Mas no podía comprender cómo una simple doctora había logrado que persona tan distinguida le sirviese de mandadero, como quien dice.

Ante esta consideración se le secaron al pequeño detective hasta los labios.

— Debó avisar a Vuestra Alteza que se mueve dentro de la esfera de acción de una compañía peligrosa.

(Se continuará.)



Violeta rompió a llorar al sentir el beso que Gifford le imprimía en la mano

más acerbas de los demás médicos de la Gran Bretaña.

Tóny reprimió su ira asombrado al recibir la respuesta, estando frente a la casa de Tsarka.

— Un poco de exageración femenina, dijo, combinada con lógica femenina también. No obstante, hemos de salvar ese cheque que sólo serviría a esos bandidos japoneses para burlarse completamente de nosotros, desapareciendo en lo más crítico.

Uno de sus agentes, apostado en la entrada de un depósito de carbón, insinuó al oírle:

— Con cinco mil guineas tendrían en Inglaterra la absolución de todos los tribunales.

La casa hallábase bastante retirada del borde de la carretera.

Su entrada trasera estaba defendida por un muro de unos siete pies de altura, en el que se veía una puerta que tenía, como pronto lo descubrió Tóny, cerradura y cerrojos fortísimos.

— Prended a todo el que entre o salga y tenga en su persona el aspecto más leve de japonés, dijo a los agentes que el *Scotland Yard* había puesto a sus órdenes.

Tóny estaba persuadido de la incomparable importancia de sus operaciones, pues la prisión de los bandidos del radio japoneses había de ser por fuerza el *coup* más sonado del año.

Su corazón latía con verdadera inquietud al solo pensamiento de que el cheque de cinco mil guineas

Alemania, de facciones hermosas, y ágil de miembros como un atleta de profesión, desde su restablecimiento.

Miró vivamente al pequeño detective y su boca se contrajo.

— Sé que esta casa está bajo la vigilancia de la policía, respondió agriamente. Precisamente por esto la señora Messonier me ha pedido que le haga un pequeño favor.

Hablaba el príncipe con acento alemán muy pronunciado, y a cada palabra sus ojos parecían brillar con apasionado fuego.

El pequeño detective no sabía qué hacerse. Conocía perfectamente que el regio visitante no estaba complicado, en lo más mínimo, en aquella colosal estafa del radio por medio del Instituto Messonier, pero adivinó al punto que Beatriz se había servido del encopetado personaje para hacer llegar a manos del diminuto especialista el cheque de la duquesa de Márister.

Mas no podía comprender cómo una simple doctora había logrado que persona tan distinguida le sirviese de mandadero, como quien dice.

Ante esta consideración se le secaron al pequeño detective hasta los labios.

— Debó avisar a Vuestra Alteza que se mueve dentro de la esfera de acción de una compañía peligrosa.

(Se continuará.)



BERLÍN. - FIESTAS DEL CENTENARIO DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA. (Fotografías de C. Trampus.)



El emperador y sus hijos pasando revista a las tropas de la guarnición en el Lustgarten

En 17 de marzo de 1813, el rey Federico Guillermo III de Prusia lanzó, desde Breslau, un manifiesto dirigido «A mi pueblo» en el cual decía: «Es esta la última lucha, la lucha decisiva que sostenemos por nuestra existencia, por nuestra independencia, por nuestro bienestar. No queda otro recurso que una paz honrosa o una gloriosa muerte.»

El llamamiento iba dirigido a los prusianos, pero llegó al corazón de toda Alemania; y el pueblo alemán en masa se levantó contra Napoleón I, emprendiendo la épica lucha cuyo centenario acaba de celebrarse con grandes solemnidades en todo el imperio, y muy especialmente en la capital.

Las principales calles de Berlín hallábanse suntuosamente adornadas con guirnaldas de flores, y los edificios públicos y muchísimas casas particulares estaban empavesados.

En la iglesia de San Nicolás celebráronse solemnes oficios divinos, a los cuales asistieron la familia imperial, el canciller del Imperio, los ministros, altos dignatarios, el Concejo municipal, numerosas delegaciones del ejército, corporaciones oficiales, etc.

Después el Emperador se dirigió al Lustgarten, en donde pasó revista a los destacamentos de todas las tropas de la guarnición, a los cuales leyó la siguiente orden del día, cuya traducción damos, por estimarla un documento interesante:

«¡A mi ejército! Los días en que Prusia se preparó para sacudir el yugo extranjero vuelven por centésima vez. Durante siete años, la nación había suspirado bajo el férreo puño del conquistador; ninguna humillación, ni siquiera la más profunda, el servicio en el ejército del enemigo, le había sido perdonada; pero aquel duro castigo había producido un efecto saludable. Después de una larga angustia, llegó la hora en que mi augusto antepasado anunció la guerra con las conmovedoras palabras del llamamiento «A mi pueblo» y llamó a la *landwehr* a las armas. En un movimiento de santa cólera contra el opresor, la nación respondió al llamamiento del rey; el en-

tusiasmo inflamóse hasta el último grado y un espíritu inagotable de sacrificio manifestóse en todo el país. ¡Dichoso aquel que podía dar sus bienes por el rey y por la patria! ¡Doblemente dichoso quien podía sacrificarse personalmente sirviendo en el ejército!

»El espíritu de los combatientes de la guerra de la Independencia sobrevivió en vuestros padres cuando, conducidos por mi augusto abuelo, conquistaron el premio de la victoria que había sido negado a sus antepasados, a saber, la reconstitución del imperio. A nosotros, generación presente, los hechos heroicos realizados por nuestros célebres antepasados nos dirigen el grave y apremiante llamamiento de que realicemos la frase del poeta: «Lo que has heredado de tus padres, adquiérelolo para poseerlo.» De este modo también nosotros iremos al combate, llevando en el corazón la alegría y la confianza, si algún día necesitamos defender lo que ha sido conquistado al precio de una sangre tan preciosa, y proteger el honor de Alemania contra quien osase atacarlo. Mas para esto es preciso que cada cual vele porque el ejército lleve su divisa no sólo exteriormente, sino sobre todo en su corazón. El temor de Dios, la fidelidad al Rey y el amor a la patria, tan absoluto como ha sido en los grandes días, han de hacer al ejército invencible. Pero la victoria viene de Dios y por ello es menester que tengamos ahora y siempre la divisa de los héroes de las guerras de la Independencia: «¡Dios con nosotros!»

Aquella mañana, el emperador Guillermo II había hecho depositar coronas en los monumentos del rey Federico Guillermo II, de la reina Luisa y de los héroes de las guerras de la Independencia.



El Concejo Municipal saliendo de la Casa de la Ciudad y dirigiéndose a la iglesia de San Nicolás para asistir a los oficios divinos

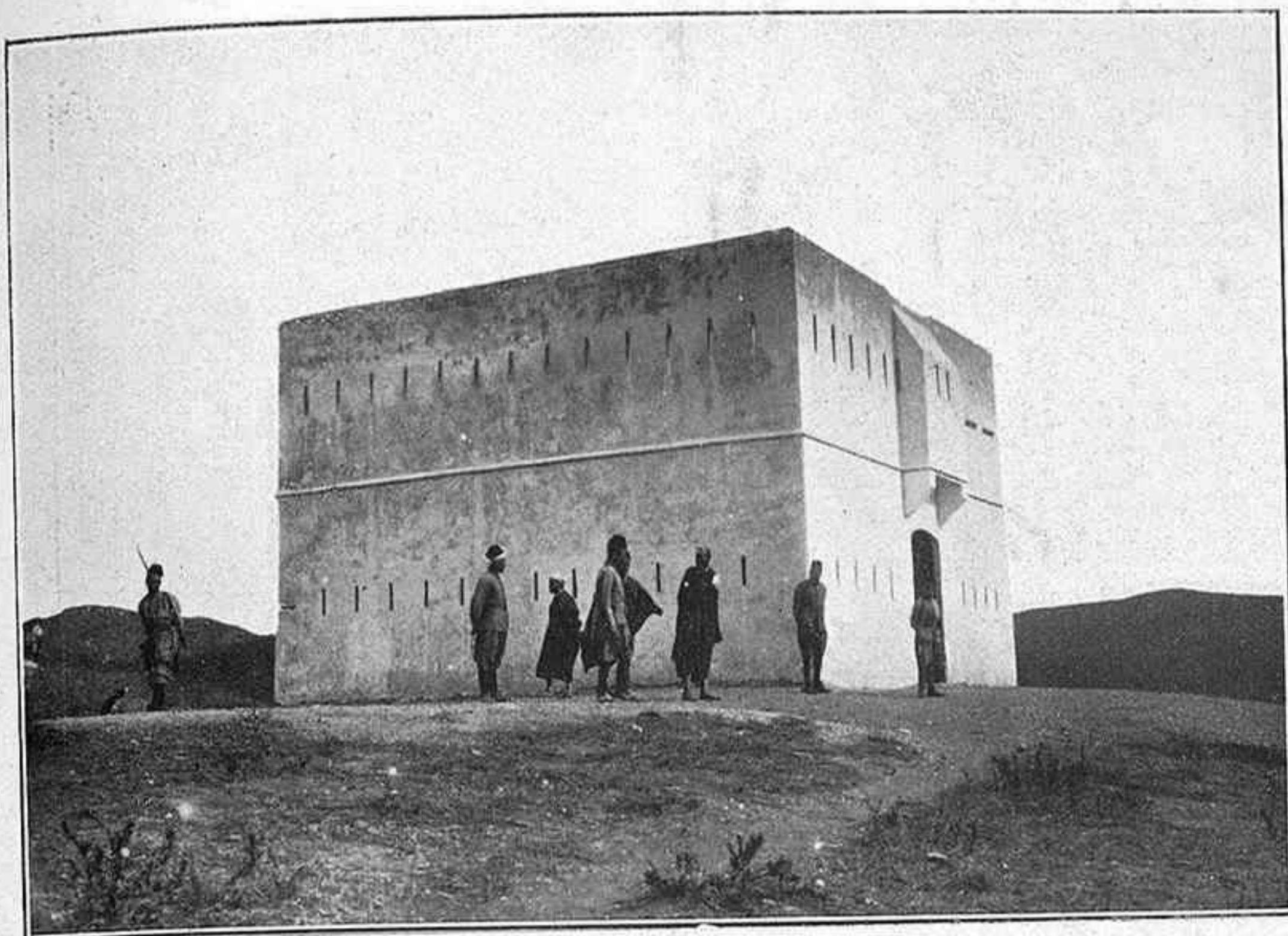
»Siento que en este día, que es el centésimo aniversario del nacimiento de la inolvidable reina, cumpla un deber sagrado evocando el recuerdo de semejante fidelidad y de abnegación semejante.

»Con admiración que nunca se extingue pienso en los héroes de aquella época y evoco las figuras de Scharnhorst, Blücher, Yorck, Bülow, Greisenau y muchos otros cuyos nombres brillan con caracteres de fuego sobre las tablas de la historia; y pienso también en los valientes que, en número ignorado, y lanzando vivas al rey, al honor y a la gloria de la patria, sellaron con su muerte sus votos de fidelidad.

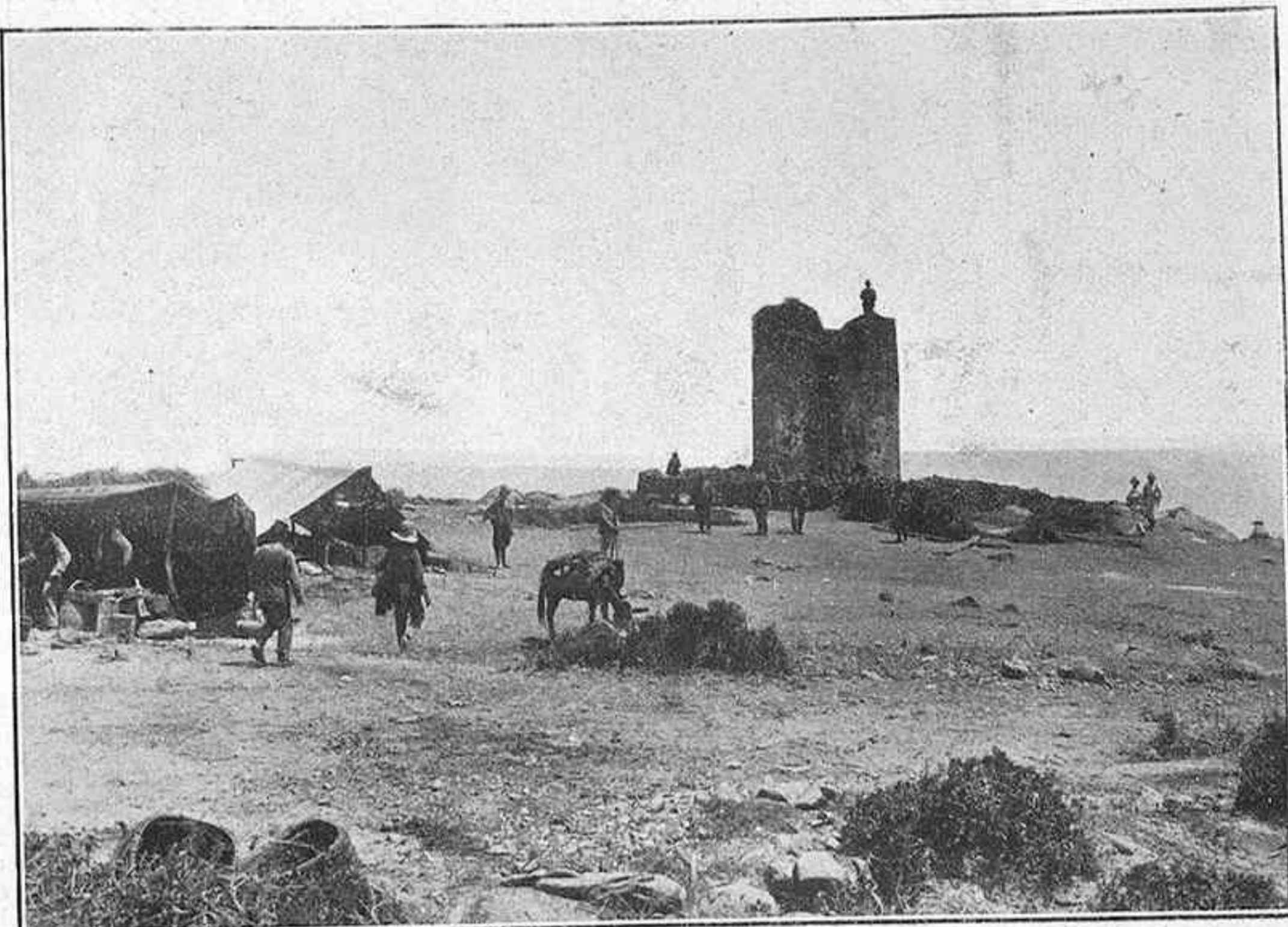
**La Sal Natural de Sprudel**  
de  
**Carlsbad**  
es la única legítima Sal de



VISTAS DE TETUÁN. (De fotografías de Asenjo y Salazar.)



Torre Gelali, que domina las vertientes del río Asmir y en donde hay establecido un puesto del tabor de policía de Tetuán



Torre cuadrada, una de las posiciones avanzadas del monte Negrón que ocupan las tropas españolas

Las noticias que se reciben de Tetuán no pueden ser más tranquilizadoras ni satisfactorias y confirman cuanto en anteriores ocasiones hemos dicho acerca de lo bien acogida que ha sido por indígenas y extranjeros la ocupación de aquella plaza por las tropas españolas.

El general Alfau, cuya gestión sólo elogios, y muy calurosos, merece, prosigue su obra civilizadora y merced a sus dotes excepcionales conquistase todos los días nuevas e importantes adhesiones y obtiene continuas demostraciones de respeto y simpatía.

Gracias a él, los tetuaníes no han visto en nuestras tropas a los soldados conquistadores a quienes en otros tiempos pudieron temer y odiar como enemigos de sus creencias, de sus usos, de sus leyes, de sus costumbres, sino a un ejército de paz, encargado de realizar una misión civilizadora, pero sin imposiciones violentas, antes al contrario, respetando todo cuanto constituye el patrimonio espiritual y moral de aquella raza.

Y no son solamente los habitantes de Tetuán y de sus inmediaciones los que aceptan gustosos la dominación o el protectorado de los españoles; los mismos moros montañeses, levantiscos y rebeldes por naturaleza y enemigos por tradición y por convencimiento de los cristianos, se mantienen en actitud pacífica y conviven en la mayor armonía con nuestros soldados.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES O EDITORES

CRÍTICA LITERARIA, por *Juan Valera*. - El volumen XXXIII de la colección de Obras completas del ilustre escritor, es continuación del XXXII. En él se termina el notabilísimo trabajo «La poesía lírica y épica de la España del siglo XIX» y contiene, como aquél, interesantes notas biográficas y críticas de los principales poetas de aquel periodo. Un tomo de 340 páginas impreso en Madrid en la Imprenta Alemana; precio, 3 pesetas.

GUÍA REGIONAL DE FERROCARRILES. - Publicación mensual de gran utilidad e interés, pues contiene todos los itinerarios de Cataluña, además de los trayectos directos, servicios de correspondencia, tarifas de billetes reducidos, etc. Véndese a 40 céntimos.

CIENCIAS NATURALES, ANTROPOLÓGICAS Y ETNOLÓGICAS. Tomo III. - Colección de notables trabajos de Cristóbal M. Hicken, Carlos I. Lisson, Félix F. Outes, Juan J. Rodríguez, Eliodoro Flores, Pablo Patrón, R. W. Raymond, Carlos E. Velarde, Nelson Coelho de Senna y José de Campos Novaes, presentados en la tercera sección del Cuarto Congreso Científico (1.º Panamericano) celebrado en Santiago de Chile del 25 de diciembre de 1908 al 5 de enero de 1909. Estos trabajos han sido publicados bajo la dirección del profesor Carlos E. Porter, secretario de la Sección y de la Subcomisión organizadora respectiva y forman un volumen (el XVII del Congreso) de 504 páginas con numerosos grabados impreso en Santiago de Chile en la imprenta y litografía «Barcelona».

COMENTARIOS A LA LEY DE ENJUICIAMIENTO CRIMINAL, por *Enrique Aguilera de Paz*, con un prólogo del Excmo. Sr. D. *Trinitario Ruiz Valarino*. - La conocida casa editorial madrileña Hijos de Reus ha publicado el segundo tomo de tan importante obra que comprende los títulos V a XIII inclusive del título primero de la citada ley. Al articulado de ésta acompañan útiles y adecuados comentarios que demuestran el profundo conocimiento que tiene su autor, el digno magistrado Sr. Aguilera, de los problemas que encierran los ordenamientos procesales. Al final de cada título se insertan los formularios correspondientes. Un tomo de 676 páginas; precio, 12 pesetas en Madrid y 12'50 en provincias.

Lo mejor  
para el pelo  
**PETRÓLEO**  
**GAL**

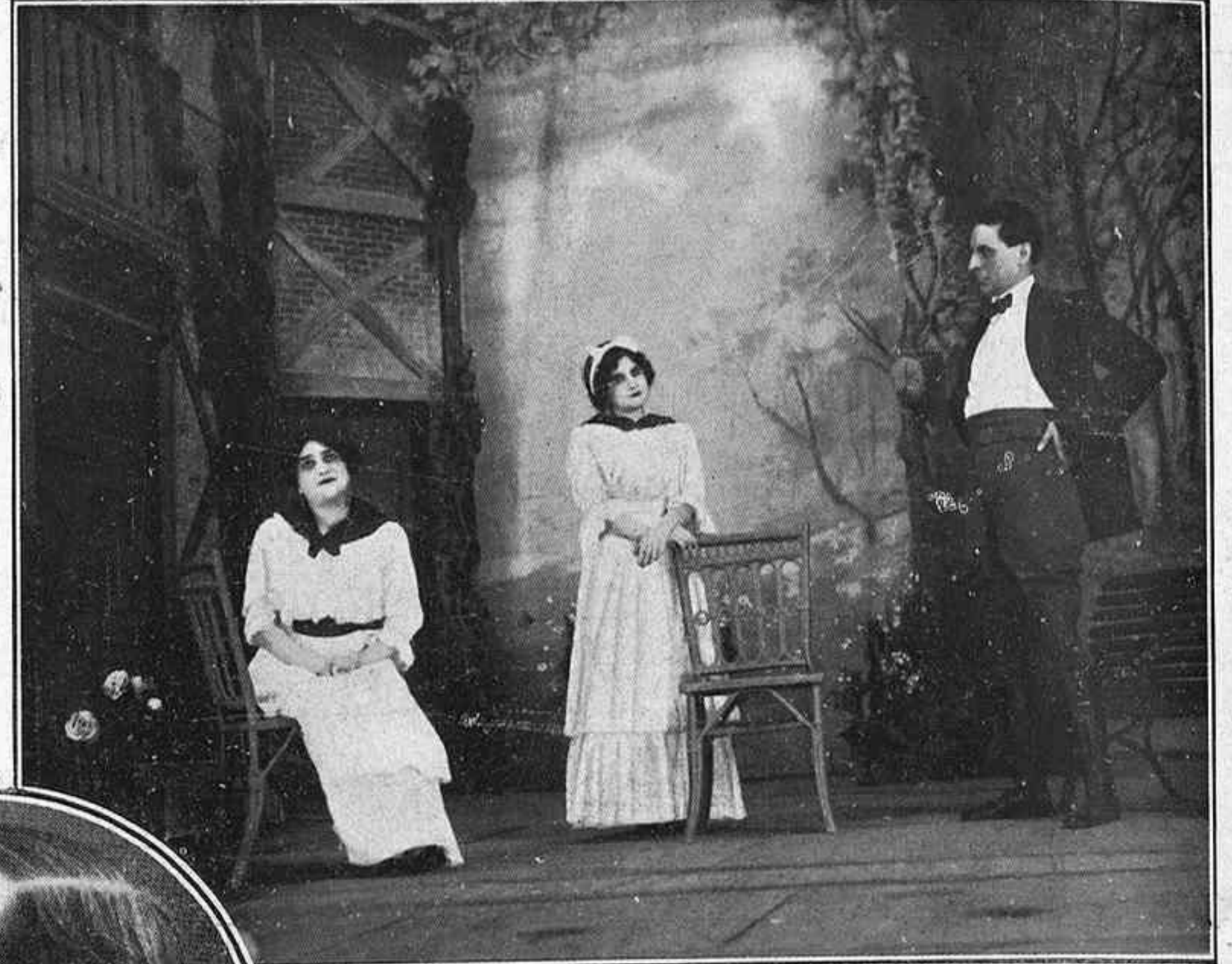
A. Ehrmann



MADRID. - DOS ESCENAS INTERESANTES DE «FRUTA PICADA» COMEDIA ARGENTINA ESTRENADA EN EL TEATRO DE LA COMEDIA. (Fotgs. de Vidal.)



Srtas. Pérez de Vargas y Palou



Srtas. Pérez de Vargas y Palou y Sr. González



D. Enrique García Velloso  
autor de *Fruta picada*

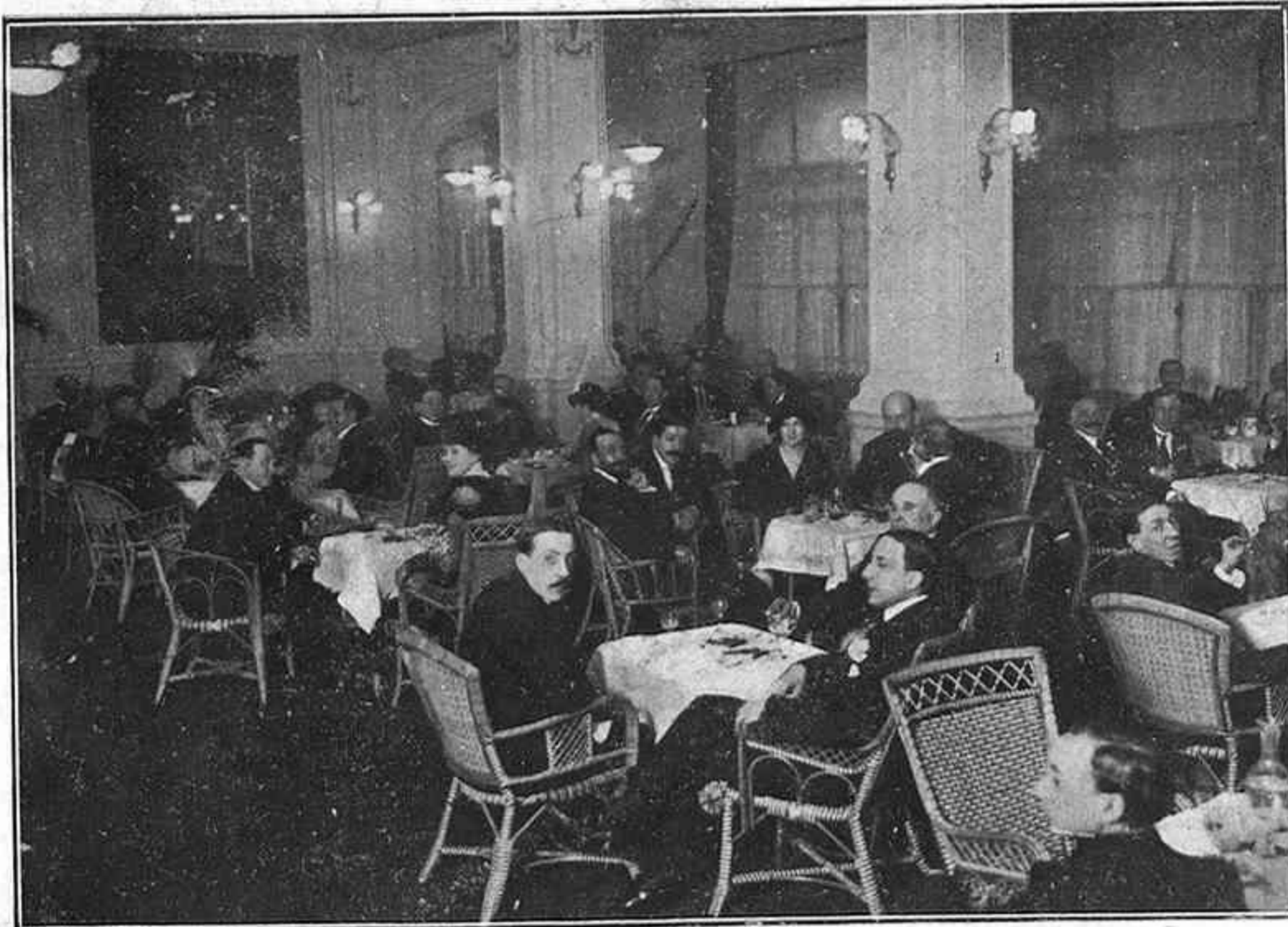
En el número anterior dijimos algo de la comedia de costumbres argentinas *Fruta picada*, original del reputado escritor argentino Sr. García Velloso y estrenada con gran éxito en el Teatro de la Comedia de Madrid. A propósito de ella, copiamos unos párrafos del artículo que a esta obra dedicó uno de los más renombrados críticos madrileños; como ampliación de aquel juicio reproduciremos hoy lo que otro crítico, no menos respetado, ha escrito sobre *Fruta picada*:

«Tuvo la comedia, desde sus primeras escenas, un éxito feliz y franco, y a medida que avanzó la representación, se apoderó del público la gracia de los tipos, el movimiento y soltura de la acción, y la discreción con que en este fondo alegre, *costumbrista*, moldeado en un sano realismo, ha sabido poner el autor un matiz de emoción y una lección moral.

»Algo tiene del donaire y espontaneidad de los cuadros andaluces, en que tanto sobresalen los hermanos Alvarez Quintero, el cuadro argentino trazado por el Sr. García Velloso, que a

No menos aplausos que a la obra del Sr. García Velloso ha dedicado la crítica con absoluta unanimidad al famoso actor argentino Florencio Parravicini, que interpretó uno de los personajes de la misma, y que por su *vis* cómica y por su portentosa expresión fisonómica ha merecido ser comparado con el gran Novelli. Como éste revelóse también Parravicini monologuista inimitable. El día del estreno de *Fruta picada* recitó admirablemente dos monólogos originales suyos: uno de ellos sobre el descubrimiento de América y otro improvisado y de circunstancias. En este último, el monologuista pretende haber descubierto el impuesto substitutivo del de inquilinato, que tanto da que hablar y que hacer en la corte, y aspira al premio concedido por el alcalde; contestando a un supuesto interruptor, exclama el Sr. Parravicini: «¿Que no puedo aspirar al premio porque soy extranjero? ¿Cómo he de ser extranjero, si estoy en casa de mi madre!» Esta salida del actor, esta cariñosa alusión a España, le valió una ovación calurosa.

Con el Sr. Parravicini se hicieron aplaudir mucho en *Fruta picada* las actrices señoras P-



Te ofrecido por el Sr. García Velloso a varios artistas, periodistas y literatos en el Palace Hotel



El Sr. García Velloso (1) tomando el te con las actrices Sra. Xirgu (2) y Srtas. Pérez de Vargas (3) y Palou (4)

juzgar por esta obra, se nos presenta como un autor dramático formado, que mueve a las figuras escénicas con maestría y domina los recursos del género.

»La diferencia de tipos y costumbres no fué obstáculo para que el público *entrara* desde luego en la obra, como suele decirse en la jerga teatral. ¿Cómo había de ser obstáculo, si todo aquello es, en el fondo, profundamente español! Sentimientos, ideas, hasta las sales y giros del lenguaje están allí proclamando el genio de la raza. Si se quitan las variantes dialectales, propios del lenguaje popular argentino; el dejo criollo con que dijeron, como era natural, sus papeles los actores, y algunos pormenores de vida local, hubiéramos podido creer que la escena se desenvolvía en un cortijo español, en vez de tener por teatro una estancia argentina.»

rez de Vargas, Palou, Alba, Carbone y Segura, y los actores Sres. González, Caba, Bonafé y Asquerino.

Para corresponder a la excelente acogida que su comedia *Fruta picada* ha obtenido en Madrid y a los aplausos y elogios que el público y la crítica le han dispensado, el Sr. García Velloso obsequió hace pocos días a sus amigos con un te en el Palace Hotel.

A la fiesta asistieron muchos académicos, escritores, artistas y periodistas, entre otros los actores y las actrices que interpretaron la mencionada obra en el teatro de la Comedia, la eminente actriz señora Xirgu, los celebrados maestros Vives y Bretón, el ilustre dramaturgo don Jacinto Benavente y el inspirado poeta Sr. Marquina.

**Instituto politécnico FRANKENHAUSEN** (Alemania)  
Enseñanza de la construcción de máquinas en general y para la agricultura.  
Electro-técnica, Arquitectura.

**INNSBRUCK, TIROL**  
ESTACIÓN DE VERANO Y DE INVIERNO  
HOTEL TYROL, DE PRIMERA CLASE  
FOLLETO ILUSTRADO CARLOS LANDSEE

**SELLOS DE CORREO AUTÉNTICOS**  
LISTA DE PRECIOS GRATIS  
COMPRÁ-CAMBIO-VENTA  
RODOLFO KEIL, GABLONZ a/N AUSTRIA

**DICCIONARIO**  
de las lenguas española y francesa  
por NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA  
Cuatro tomos encuadernados: 55 pesetas  
MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

**PATE ÉPILATOIRE DUSSEY** destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en ojas, para la barba, y en 1/2 ojas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILIVORE, DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN